LUCHADORES DEL ESPACIO

MANDO SINIESTRO



POR GEORGE H. WHITE

Una misión científica explora los inmensos océanos del planeta Solima en busca de recursos alimenticios para la angustiada población del autoplaneta *Valera*.

En el curso de esta investigación, los científicos valeranos hacen un sensacional descubrimiento, al encontrar una abertura que desde el fondo submarino conduce al interior hueco de Solima.

¿Qué sorpresa espera a los explotadores de este mundo inédito? ¿Habrá otra humanidad de silicio allí?

George H. White nos lo relata en una novela de absorbente contenido, donde nos descubre los misterios de un mundo ignorado, con una sorpresa en cada una de sus amenas páginas.



George H. White

Mando siniestro

La saga de los Aznar - 13

ePub r1.1
Titivillus 24.11.16

Título original: *Mando siniestro*
George H. White, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



MANDO SINIESTRO

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

Adolfo Castillo.— Joven profesor de Historia Natural.
Gregorio Aznar.— Capitán de fragata de la Armada Sideral.
Don Raimundo Castillo.— Sabio naturalista.
Aurora Castillo.— Hija del anterior.
Flavia.— Princesa de Signé.
Haakón.— Dios de Raab.
Aquila.— Reyezuelo de Signé.
Olaf.— Al servicio del dios Haakón.



CAPÍTULO I

SOLIMA

PROCEDENTE de la Tierra, el autoplaneta Valera regresa a Redención. Los sesenta años que Valera ha invertido en su viaje de ida y vuelta, desarrollando velocidades próximas a las de la luz, equivalen a mil trescientos ochenta años en la medida del tiempo terrestre. Los astronautas esperan encontrar en el hermoso planeta una civilización adelantada en mil trescientos ochenta años a la que ellos dejaron al partir. Pero los hombres de silicio, criaturas inteligentes que habitan en el interior hueco de Redención, han restaurado su destruido imperio aniquilando a la civilización terrestre. Los valeranos, a su regreso, sólo encuentran una humanidad vuelta a la incivilidad de los tiempos primitivos, ruinas… y hombres de cristal.

* * *

El tráfico era imponente a lo largo de las amplias calles de Arcángel cuando Adolfo Castillo llegó a la capital de *Valera*. La avenida de España, con sus quinientos metros de anchura, parecía un río de automóviles, cuyas carrocerías de cristal centelleaban bajo los ardorosos rayos del brillante sol artificial que alumbraba y daba vida a las entrañas del planetillo. La riada ascendente y descendente de vehículos estaba separada por los anchos jardines centrales, que eran a modo de islas de verdor, donde gran número de ciudadanos paseaban bajo la enramada de los altos y siempre verdes tilos.

Los esbeltos rascacielos que flanqueaban la avenida parecían abrumar la calle y los jardines con sus masas de arquitectura atrevida. La vida toda se deslizaba en mitad de un sordo zumbido de colmena, como en los tiempos que *Valera*, el planetillo que encerraba a Arcángel y otras diecinueve grandes urbes igualmente populosas, en su interior hueco, surcaba el espacio en busca de Redención, y éste último planeta era todavía una meta llena de seductoras esperanzas.

Hoy, sin embargo, Adolfo Castillo creía percibir en el ambiente una atmósfera sutil de pesadumbre y desesperanza. Los acontecimientos no habían respondido a los sueños de los viajeros. Redención no era el hermoso planeta superpoblado por una humanidad que había adelantado en mil trescientos ochenta años a la civilización en que todavía vivían los valeranos. Los hombres de silicio volvían a ser los amos de Redención. Después de destruir las ciudades redentoras habían vuelto a sojuzgar a la humanidad. Los hombres y mujeres que los valeranos encontraran a su regreso no vivían adelantados en mil trescientos ochenta años a los astronautas que regresaban de la Tierra, sino que atravesaban una época semejante a la Era Neolítica de la infancia del planeta Tierra.

Mientras conducía su pequeño automóvil eléctrico a lo largo de la avenida de España hacia la plaza del mismo nombre, Adolfo Castillo creyó adivinar los motivos que le conducían hacia el Ministerio de Agricultura, a donde acababa de ser llamado.

Adolfo Castillo, como la mayoría de los hombres y mujeres de su mismo apellido, era un muchachón rubio, alto y fuerte. El cabello dorado y lacio, los ojos grises y la profesión de naturalista eran los

rasgos comunes que distinguían a los Castillo de todas las demás “tribus” que se englobaban bajo el nombre de “redentores”. Si los Aznares habían conquistado un imperio con su valor y su audacia; si los Balmer ensancharon los conocimientos del hombre en el campo de la electrónica, y los Ferrer levantaron la industria más poderosa del Mundo, fueron los Castillo quienes, desde su arribada a Redención con los primeros colonizadores, se ocuparon de la tarea prosaica, vulgar y, sin embargo, importantísima, de alimentar adecuadamente a una población que crecía de día en día. Sin estridencias ni golpes espectaculares, los Castillo alcanzaron triunfos más importantes que los de las armas. Bajo su dirección y gracias a sus largas y pacientes investigaciones, la agricultura adquirió un impulso extraordinario.

Los redentores, y aún los mismos tripulantes de *Valera*, habíanse preguntado muy pocas veces de dónde procedían los alimentos que cada día injerían tres o cuatro veces. El cotidiano triunfo de la ciencia y la perseverancia de los Castillo eran hechos que casi siempre se ignoraban y no se agradecían.

Hoy, sin embargo, las cosas cambiaban. Por primera vez en muchos siglos los redentores se veían frente al espectro del hambre. La Intendencia, cosa extraordinaria y para muchos incomprensible, comenzó a racionar severamente los alimentos. Los valeranos, acostumbrados a entrar en cualquier almacén y tomar lo que les viniera en gana, miraban sorprendidos a su alrededor y se preguntaban: “¿Pero qué ocurre?”

Alfonso Castillo podía contestar a esta pregunta con muy pocas palabras. Lo ocurrido, sencillamente, era que las despensas de *Valera* estaban completamente vacías. Durante treinta años, los Castillo habían trabajado para alargar las existencias de los almacenes. Confiando en que a su llegada a Redención terminaría esta era angustiosa, los Castillo sólo se preocuparon de reponer parte de los alimentos que se iban consumiendo de manera que al llegar al término del viaje no sobrara ni faltara un solo gramo de éstos. Pero al llegar a Redención y encontrarse ante la imposibilidad de reponer sus reservas, la Intendencia se veía de súbito ante un inesperado e insoluble problema.

Avenida de España adelante, tocando con el aerodinámico morro de su automóvil la trasera del coche que le precedía, Adolfo Castillo

desembocó en la anchurosa plaza donde se daban cita los monumentales edificios de los Ministerios y el Palacio del Gobernador Militar. El Ministerio de Agricultura ocupaba un esbelto rascacielos de estilo gótico. Adolfo aparcó su automóvil en la gran explanada habilitada para este efecto y penetró resueltamente en el edificio. En la ventanilla de Información encaminaron sus pasos hacia el Departamento de la Alimentación, piso vigesimoctavo, ala “A”.

Adolfo conocía bien los lugares por donde se movía. Un gigantesco ascensor le llevó en unos segundos al piso veintiocho, donde volvió a introducir la cabeza por una ventanilla bajo el rótulo de Información.

—Siga el pasillo todo recto y entre en la sala que verá al final —le dijeron.

Adolfo echó tras los pasos de dos oficiales de la Armada Sideral que seguían su mismo camino y penetró en una sala que originalmente parecía destinada a proyecciones cinematográficas, pero que a la sazón no iba a ser utilizada para este fin. Una veintena de jóvenes profesores de Historia Natural —casi todos conocidos de Adolfo— y un número algo menor de oficiales de las Fuerzas Aéreas esperaban allí formando pequeños grupos. Lo primero que vio Adolfo al entrar fue a su primo Alfredo que estaba departiendo con tres o cuatro Castillos más.

—¿Qué guiso se cuece aquí? —preguntó Adolfo—. ¿Sabes para qué nos han hecho venir?

—Que me maten si lo sé —repuso Alfredo estrechando la mano de su pariente—. Aquí, los primos, creen que va a celebrarse una especie de consulta sobre lo que se puede hacer para salir del apuro en que nos han colocado esos hombres de silicio, que Dios confunda. Pero yo no creo que se trate de eso. Mira a tu alrededor. Todos somos chicos jóvenes e inexpertos. Si el Gobierno Militar tuviera que consultar con alguien sería con los sabios profesores de la talla de tu padre. ¿No crees?

Adolfo no tuvo tiempo de contestar. La puerta de la sala acababa de abrirse dejando paso al viejo profesor don Raimundo Castillo que venía acompañado de un vicealmirante de la VII Flota Sideral. El profesor era bien conocido de todos. Éste pasó entre las filas de butacas repartiendo saludos y fue a encaramarse con el

vicealmirante en el estrado que se levantaba al fondo de la sala. Desde allí, el profesor hizo un amplio ademán que abarcaba todas las filas de butacas y dijo:

—Siéntense, caballeros, por favor.

Los jóvenes profesores y oficiales de la Armada tomaron asientos en las butacas, clavando sus ojos interrogantes en la venerable figura de don Raimundo Castillo.

—Queridos colegas —dijo el profesor—. Debo pedirles disculpas por todas las molestias, así como por la natural inquietud que habrán sentido, derivada de la concisión de las cartas que todos ustedes recibieron. El asunto que vamos a tratar no es lo que se dice alto secreto, pero requiere al tratarlo la mayor discreción. Corren rumores en todo el planetillo acerca de las dificultades que la Comisaría de Abastecimientos encuentra para surtir los almacenes incluso de los alimentos básicos. El hombre de la calle sabe esto, y se ha sentido lógicamente alarmado desde que, por primera vez, se impusieron las normas de racionamiento en este autoplaneta.

El profesor hizo una pausa y prosiguió:

—Sin embargo el público no lo sabe todo. Ignora que nuestra carestía es mucho más aguda de lo que se supone, y que seguirá agravándose en las próximas semanas. Bien es cierto que nadie va a morir de hambre. En el peor de los casos nuestra industria podrá suministrar un mínimo de proteínas, y estamos habilitando a marchas forzadas nuevas plantas industriales para aumentar la producción de alimentos sintéticos. Pero el público no lo sabe. Si lo supiera, probablemente se produciría una ola de pánico, que impulsaría a los más egoístas e irresponsables al asalto de los almacenes, con el riesgo consiguiente de dejar sin alimentos a la mayor parte de la población.

El profesor se interrumpió de nuevo, ocasión que aprovechó el vicealmirante César Aznar para decir:

—El problema es realmente grave. *Valera*, al reconquistar la Tierra, evacuó de allá más de mil millones de seres, que representaron una carga para la cual no estaba preparada la industria de nuestro planetillo. Estos mil millones de terrícolas eran esclavos de los “thorbod” desde hacía diecinueve siglos, casi dos milenios, en el transcurso de los cuales se perdió toda noción de cultura, en una regresión a los instintos más egoístas del hombre

primitivo. Si hay entre ustedes algún joven descendiente de terrícolas me perdonará lo que voy a decir, pero todos sabemos que, salvo honrosas excepciones, estos refugiados nos han creado muchas dificultades en los últimos treinta años, habiendo aportado muy poco a la solución de nuestros problemas. Analfabetos, indisciplinados y violentos, estos refugiados no están en condiciones de comprender ni aceptar sacrificios que les ataña de una manera personal y directa. Nosotros, sus liberadores, les prometimos que nunca volverían a sufrir represiones ni privaciones. Pero lo que les prometimos en la hora jubilosa de la liberación no hemos podido cumplirlo. La atmósfera de los planetas terrícolas fue envenenada radioactivamente, obligándonos a evacuar a los supervivientes y traerlos a bordo de nuestro autoplaneta. Les mantuvimos durante treinta años con promesas de mejora cuando alcanzáramos el planeta Redención. Pero tampoco ahora hemos podido cumplir lo prometido. Redención fue dominada por los Hombres de Silicio durante nuestra ausencia, destruidas nuestras ciudades y borrada toda huella de nuestra cultura en este planeta. Los refugiados esperan ser desembarcados en Redención, pero esto es imposible por el momento. Antes hemos de reconquistar el planeta, y eso puede tardar. El enemigo, con sus bases en el interior del planeta, disfruta de las ventajas de un reducto inexpugnable. La guerra será larga. Por el contrario, nuestros problemas demandan una solución inmediata, y es en este punto donde el Estado Mayor reclama la ayuda de todos ustedes. El profesor les dirá cómo.

El profesor Castillo se aclaró la voz con un carraspeo y dijo:

—Tal como acaba de exponer el vicealmirante Aznar, nuestro problema exige una solución inmediata. Tenemos que encontrar una fuente abundante de alimentos, y la única posible, una vez descartado Redención, es el planeta Solima. Las características de Solima son muy parecidas a las de Redención en cuanto a masa y volumen. El planeta tiene una atmósfera rica en oxígeno y, al igual que Redención, es un esferoide hueco. Solima está cien millones de kilómetros más lejos del Sol que Redención, por consiguiente la luz y el calor que recibe son menores, aunque no por mucha diferencia. El hombre terrícola podría habitar perfectamente en Solima, salvo porque el planeta está cubierto en su totalidad por un único e inmenso océano. No obstante, existen allí algunos millares de

pequeñas islas, extremos de montañas de las tierras sumergidas, y especialmente atolones de formación coralífera. La inmensa extensión de agua que cubre en su totalidad a Solima nos ofrece recursos de valor incalculable. Sabemos que aquel océano está habitado por una rica fauna, si bien sabemos poco acerca de sus especies. Las zonas contiguas a las islas y alguna plataforma continental sumergida deben ser perfectamente aptas para el cultivo de algas. El Gobierno Militar me ha confiado la misión de explorar Solima, haciendo un estudio de todas sus posibilidades como fuente de recursos. Todos ustedes han sido mis alumnos, les conozco bien y me he permitido incluirles en la lista del equipo que formará la expedición. Sin embargo, no se trata de una imposición. Si alguno de ustedes, por los motivos que fueran, no quiere participar en la misión, puede decirlo sin empacho.

El profesor Castillo pasó sus ojos sobre las filas de rostros vueltos hacia él. Como era de esperar, nadie abrió la boca para excusarse de participar en la expedición.

—Gracias —dijo el profesor—. ¿Alguna pregunta?

Un muchachón alto y fornido se puso en pie alzando una mano.

—¿Qué tripa se le ha roto, señor Rogelio? —preguntó el profesor Castillo. Y se escucharon algunas risas sofocadas.

—Solima es un mundo hueco como Redención, ¿verdad? —preguntó el joven.

—Ciertamente —repuso el profesor—. Así lo hemos deducido teniendo en cuenta su gran volumen y su escasa fuerza de gravedad, que es sólo ligeramente mayor que la de Redención y la Tierra.

—¿Y no es posible que en las entrañas de Solima viva una humanidad de silicio bajo un sol ultravioleta como en Redención?

—Sí, es muy posible. Pero no tema. Si en el interior de Solima existe una humanidad de silicio, ésta debe ignorar por completo la existencia de un mundo diferente al otro lado de la corteza del planeta. Los exploradores que fueron allá en otros tiempos no encontraron ni una de las grietas que en Redención ponen en contacto los dos mundos. ¿Algo más?

—No. Eso era todo —murmuró el joven profesor de Historia Natural volviendo a sentarse.

El profesor Castillo miró a la concurrencia como esperando una nueva pregunta. Visto que nadie daba muestras de desear

formularla volvióse hacia el vicealmirante cediéndole la palabra con un elocuente movimiento de cabeza. El vicealmirante avanzó hasta el borde del estrado y se dirigió a los diez u once oficiales de la Armada que estaban presentes.

—Ya han oído ustedes lo que dijo el profesor. De la misma forma que él ha designado sus hombres uno por uno, también yo les he escogido a ustedes para que conduzcan a estos caballeros hasta el fondo de los mares de Solima. Aunque ningún civil puede desafiar jamás la autoridad de un comandante de la Armada a bordo del buque de éste, he de advertirles que, en el presente caso, los señores profesores serán quienes verdaderamente mandarán en los buques desde el momento que estos se sumerjan en el mar hasta que vuelvan a emerger para regresar a *Valera*. El personal y oficiales de las unidades que formarán parte de la expedición procurarán hacer fácil el trabajo de los señores profesores prestándoles toda su ayuda y consejo. He confeccionado una lista de los buques, comandantes y profesores que formarán cada grupo. Estén atentos porque voy a leérsela.

El vicealmirante extrajo un papel del bolsillo y leyó los nombres de los jóvenes profesores que irían en cada buque. A Adolfo Castillo le correspondió ocupar el crucero *Filipinas*, cuya comandancia ejercía el capitán de fragata don Gregorio Aznar. Sus compañeros de equipo serían el propio profesor don Raimundo Castillo y la hija de éste, también profesora en Historia Natural, Aurora Castillo.

A Adolfo le sorprendió y agradó al mismo tiempo la designación del sabio profesor. Aurora era una encantadora muchacha que, como notable excepción en una familia donde la inmensa mayoría de sus miembros eran rubios, tenía la piel morena, negros los cabellos y pardos rasgados sus hermosos ojos. Con una compañera tan agradable, Adolfo entreveía un viaje delicioso.

Luego que el vicealmirante hubo leído la lista de nombres y de buques, el profesor volvió a tomar la palabra para designar a cada equipo la zona donde debería operar.

—Saldremos dentro de dos días —terminó diciendo—. Les queda tiempo para despedirse por una corta temporada de sus familiares y amigos, tomar las cosas de uso personal que consideren indispensables y venir a reunirse a este edificio para ser recogidos por los automóviles que nos conducirán hasta la más próxima base

aérea.

Después de esto la reunión quedó disuelta, marchando cada uno por su lado. Dos días más tarde, los diez cruceros de la Armada Sideral que iban a tomar parte en la expedición se elevaban para buscar en un corto vuelo los gigantescos tubos por medio de los cuales serían lanzados al espacio.

CAPÍTULO II

EXPLORADORES DEL MAR

SOLIMA, como todos sabían, era un globo algo mayor que
Redención. Algunos picachos submarinos, emergiendo sobre las aguas, habían dado origen a unas cuantas islas desiertas y desprovistas de vegetación. El resto, excepto los helados polos, estaba cubierto por los dilatados e inexplorados océanos.

—Vaya un mundo más poco atrayente —comentó el capitán Gregorio Aznar observándolo a través de la pantalla de televisión.

—En él están puestas, sin embargo, todas nuestras esperanzas —repuso el profesor Castillo.

La flotilla de cruceros que ya había reducido considerablemente su velocidad, descendió sobre el planeta penetrando en su atmósfera. En este momento, los diversos equipos se separaron para marchar cada buque a la zona designada.

El profesor habíase reservado para sí las aguas donde existían mayores posibilidades de hallar una flora submarina adecuada a sus propósitos. Esta zona correspondía a la línea del Ecuador de Solima.

—Vayan a preparar el equipo —ordenó el profesor a Adolfo y a Aurora—. Efectuaremos la primera salida apenas nos hayamos sumergido.

Los dos jóvenes marcharon hacia el compartimento de botes del buque. Aquí, en una cámara de treinta metros cúbicos de capacidad, estaba alojado el hidrostato que utilizarían para explorar los abismos submarinos. Consistía éste en una esfera de dedona de dos metros y medio de diámetro.

El interior hueco de la esfera metálica estaba dividido en dos compartimentos. En el piso inferior se hallaban las máquinas, y el

superior comprendía la pequeña cabina de control y observación. La colosal bola metálica no poseía ninguna ventana. Una pantalla de televisión permitía ver a sus ocupantes lo que ocurriera a su alrededor bajo la brillante luz de los reflectores eléctricos.

El mecanismo de que se valía el hidrostato para moverse era muy sencillo. El metal de que estaba construido, la dedona, era cuarenta mil veces más denso que el agua pero tenía la curiosa propiedad de repeler la fuerza de atracción de las masas cuando se le inducía eléctricamente. Por su propio peso, la máquina podía descender a cualquier profundidad sin más que retirar energía eléctrica de su metálica envoltura. Dando una mayor potencia a esta corriente, la superpesada esfera adquiría ligereza y se elevaba, siendo incluso capaz de salirse del agua y subir en el espacio a más de quinientos kilómetros de altura. Para trasladarse desde un punto a otro se valía de un simple eyector de partículas ionizadas, cuyo chorro empujaba por reacción al vehículo en el aire o en el agua.

Habiendo tenido durante la travesía tantas horas libres, Aurora y Adolfo habían preparado el equipo con mucha antelación. De manera que cuando el *Filipinas* descendió sobre el océano y las aguas de éste se abrieron para sepultarle en un remolino de espuma, los jóvenes profesores de Historia Natural lo tenían todo listo.

Percibieron el blando choque del casco del buque contra las aguas. Unos minutos más tarde, el profesor Castillo descendía por la escotilla de la cámara, seguido del comandante del buque.

—¡Cómo! ¿Nos acompaña, don Gregorio? —preguntó Aurora. Y Adolfo creyó percibir cierta secreta alegría en la voz de la muchacha.

—Don Raimundo me ha invitado a echar una ojeada al fondo del mar —explicó el propio comandante.

Se experimentó una sacudida parecida a la de un ascensor que está bajando y se detiene con alguna brusquedad. Por el redondo agujero de la escotilla de acceso a la cámara asomó el juvenil rostro del alférez Cristóbal Balmer.

—El fondo se encuentra a cien metros de profundidad —informó el alférez—. Pueden salir cuando quieran.

—Ahora mismo —dijo el profesor Castillo haciendo seña a sus acompañantes para que entraran en el hidrostato.

—¡Buena suerte! —gritó el alférez cerrando la escotilla.

Adolfo entró en último lugar en el hidrostato, cerrando tras sí la sólida portilla. Una escalerilla de acero le condujo a través de la sala de máquinas hasta la cabina superior, donde volvió a echar otra sólida tapadera.

El techo de la cabina era tan bajo que el joven gigante hubo de inclinar la cabeza. El profesor Castillo acababa de tomar asiento ante los mandos y movía palancas y apretaba botones. Escuchóse el sordo zumbido del generador de energía eléctrica situado bajo sus pies. La pantalla de televisión se iluminó, permitiendo ver a los exploradores la inmediata pared de la cámara en la cual estaba alojado el hidrostato. Brillaba una luz roja. Al abrirse las compuertas debajo del hidrostato el agua invadió tumultuosamente la cámara. El profesor movió una palanca reguladora y, arrastrada por su propio peso, la sólida esfera de "dedona" abandonó la cámara y se sumergió en las verdes aguas transparentes.

En la pantalla de televisión, abierta como una ventana al exterior, los tripulantes del hidrostato vieron pasar una bandada de peces. La existencia de peces en los mares de Solima no constituía una sorpresa. De antiguo se conocían algunas de sus especies. Otros hidrostatos se ocuparían de capturar gran variedad de ejemplares para someterlos más tarde a un estudio de sus cualidades alimenticias.

El profesor puso en marcha los eyectores de partículas ionizadas y la esfera empezó a moverse al mismo tiempo que ganaba profundidad. Por arriba les seguía el crucero.

A un kilómetro de distancia y a sólo cien metros de profundidad encontraron una ladera roqueña entre cuyos intersticios arraigaban gran cantidad de plantas submarinas. El suelo submarino iba subiendo con rapidez, ofreciendo nuevas especies de arbustos. El profesor cedió el control del hidrostato al comandante para así poder examinar más de cerca la prodigiosa flora acuática que iba desfilando ante la pantalla de televisión. De vez en cuando, ordenaba al comandante que se detuviera, miraba con ojos expertos las plantas y cambiaba con su hija y con Adolfo rápidas ojeadas ahítas de asombro y admiración.

—¿Son comestibles esas algas? —interrogó el comandante.

—Sí —repuso el profesor—. Y eso es lo extraño. Toda esta flora submarina corresponde a la que se da en las aguas tropicales de

Redención.

—¿Y qué tiene eso de extraño? ¿No son Redención y Solima dos planetas hermanos que giran en torno al mismo Sol?

—Ciertamente. Pero Solima gravita a muchas decenas de millones de kilómetros más lejos del Sol que nuestro planeta. La luz y el calor que Solima recibe del Sol es suficiente para impedir que sus aguas se congelen… pero no para calentarlas tanto que dé origen a una flora submarina idéntica a la de nuestras regiones tropicales de Redención. ¿Quiere mirar el termómetro, Adolfo?

El joven fue hasta el rincón donde estaba el instrumento y le echó una ojeada.

—Dieciocho grados centígrados —dijo con asombro.

—Dieciocho grados… —murmuró el sabio acariciándose pensativamente la barbilla—. No lo comprendo…

Hubo un largo silencio durante el cual sólo se escuchó el zumbido de la pila atómica que generaba energía eléctrica. De pronto el hidrostato empezó a moverse como si navegara por aguas agitadas. La profundidad, sin embargo, era todavía de sesenta metros. El hidrostato llegó al final de la pendiente roqueña submarina. El sonar anunció un fondo de diez mil metros.

—¡Eh, miren! —gritó el comandante señalando el aparato—. Veníamos rozando el fondo y de repente se abre bajo nosotros un agujero de diez mil metros de profundidad.

—¿Un agujero? —preguntó el sabio.

—Un hoyo, he querido decir.

—No. Ha dicho usted un agujero.

—Bueno, he dicho un agujero, pero… ¡Eh, qué le pasa! —exclamó Gregorio viendo enrojecer la pálida faz de don Raimundo.

—¡Esa podría ser la solución! —gritó don Raimundo descargando su puño cerrado sobre la palma abierta de la otra mano.

Aurora Castillo, Gregorio Aznar y Adolfo Castillo quedaron mirando fijamente al profesor, cuyos ojillos centelleaban llenos de excitación. Y mientras tanto, el piso del hidrostato se movía como si el aparato danzara sobre la cresta de unas olas que todavía quedaban muy por encima de sus cabezas.

—Sí —murmuró don Raimundo Castillo como hablando para consigo mismo—. Esa y no otra puede ser la solución al misterio.

Estamos sobre un agujero… tal vez una grieta que comunica con los mares que, sin duda, existen en el interior hueco de este planeta.

—¡Lo mismo que en Redención! —exclamó Aurora.

—Sí, lo mismo que en Redención —afirmó el sabio—. Sabemos de antiguo que Solima es un globo hueco, como Redención; pero jamás pudimos saber lo que había en sus entrañas. Ahora ya lo sabemos. En el centro de este planeta hay un sol que calienta las aguas de sus océanos que cubren la cara exterior de Solima. En circunstancias normales, en Redención, por ejemplo, el agua de los océanos de la cara exterior del planeta no se vierte sobre los interiores. Pero aquí es distinto. Hay una notable diferencia de temperaturas entre las aguas de los mares exteriores y las interiores y el desequilibrio térmico pone en movimiento una corriente de agua que circula por efectos del desnivel de temperatura. El agua caliente del interior del globo sale hacia los océanos exteriores, mientras que las aguas frías de aquí arriba descienden en busca de las caldeadas por un sol que brilla en las entrañas de Solima…

—¿Un sol ultravioleta como en Redención? —preguntó el comandante Aznar.

—Seguramente.

—Entonces… ¿hay que dar por cierta la existencia de un segundo mundo de silicio en las entrañas de Solima?

—¡Tanto como cierta… no sé! Podríamos averiguarlo, ¿no creen? —interrogó don Raimundo.

—¿Bajar por este tubo hasta el reino de silicio? ¡Oh, no! —protestó Gregorio Aznar. Pero se contuvo al ver el febril centelleo de las hermosas pupilas de Aurora Castillo.

—¿Por qué no? —preguntó Adolfo, en quien la perspectiva de efectuar un viaje al centro del planeta despertaba gran entusiasmo—. Debemos conocer de cierto lo que hay bajo nosotros. Hemos encontrado peces y plantas que podrán alimentar a toda la población de Valera y si los millones de almas que ahora viven en el autoplaneta han de desembarcar en Solima será mejor que conozcamos antes todos los peligros que nos acechan.

—Bueno —refunfuñó el comandante—. En eso tiene razón. Sería estúpido conocer la existencia de un mundo subterráneo y haber encontrado el modo de llegar hasta él, y no bajar para verlo.

Hubo un corto silencio en el que todos se miraron hablándose

con los ojos.

—Bajemos —dijo el profesor Castillo con decisión.

—Sea, bajemos —gruñó el comandante volviendo a empuñar los mandos.

El hidrostato empezó a descender con rapidez, arrastrado por su propio peso. El cráter, si del cráter de un viejo volcán se trataba, era enormemente ancho.

A bordo del aparato reinaba gran excitación entre los profesores de Historia Natural. De todos cuantos se hallaban en el interior del hidrostato solamente el anciano profesor había podido ver el reino de silicio allá por los tiempos en que el ejército redentor invadió el tenebroso imperio de los hombres de cristal. El profesor guardaba buena memoria de un hecho tan trascendental e iba refiriendo a su hija y a su discípulo las maravillas que esperaba encontrar en las entrañas de Solima.

La grieta por la cual descendía el hidrostato era enormemente ancha y bastante angosta. Los ecos del “sonar” daban una longitud de treinta kilómetros, por sólo cinco o seis de ancho.

Seguían brillando los proyectores eléctricos, y atraídos por la luz, una bandada de grandes y extraños peces se acercaron y empezaron a dar vueltas en torno a la esfera metálica.

—¿Son comestibles? —preguntó el comandante.

—Temo que su sabor no sea muy agradable. Y me extrañaría que fueran venenosos —repuso el profesor.

—Ciertamente, estos parecen muy distintos de los que vimos antes. ¿Cabe en lo posible que estos peces procedan del mundo de silicio del interior del planeta?

—No —repuso Aurora con firmeza—. De la misma forma que todas las plantas de la Tierra dependen de la luz solar y sólo con el auxilio de ésta pueden construir su cuerpo vegetal, así el hombre y los animales no podrían a la larga, vivir sin luz. La luz y el calor del Sol son indispensables para que no se apague la llama de la vida. En las tinieblas, donde no penetre en absoluto la luz, y privadas en absoluto de toda comunicación con el mundo exterior, no es posible el desarrollo de la vida.

—Pues en estas profundidades no hay luz… y existe, sin embargo, la vida —apuntó el comandante.

—Es cierto. En los abismos submarinos, donde no penetra un

sólo rayo de luz, viven muchas criaturas. Pero también este mundo depende, aunque indirectamente, de la luz solar. Aquí no existen plantas, pero los habitantes de estas profundidades se alimentan en parte de plantas marinas que vivieron en las capas superiores del mar invadidas por la luz y después cayeron a las regiones más bajas del océano. Y, en parte, de otros peces que habitan en regiones superiores y están en contacto con la luz solar. Los peces que usted está viendo están especialmente constituidos para soportar las grandes presiones de estas profundidades. No pueden subir a aguas bañadas por la luz y, por tanto, morirían si emergieran en busca del elemento indispensable. Pero las diversas especies de peces ocupan planos superpuestos, según su naturaleza. Aquí también se desarrolla el inevitable drama de la vida. Unos se devoran a otros y las energías solares se propagan de arriba abajo, manteniendo la llama de la existencia.

—Bonita lección de Historia Natural —sonrió el comandante—. Debo haber sabido todo eso alguna vez, pero lo había olvidado.

—Debimos avisar al buque de lo que nos proponíamos hacer —rezongó el capitán Aznar—. Ni siquiera llevamos armas.

—¿Y para qué quiere armas, hombre de Dios? —repuso el profesor regocijado—. No vamos a luchar contra nadie. Es más, si hay un sol de luz ultravioleta alumbrando un mundo de silicio, ni siquiera podremos desembarcar en él. Nos contentaremos con echarle una ojeada empleando el objetivo del aparato de televisión y pare usted de contar.

—Así es distinto —refunfuñó Gregorio.

El hidrostato continuó descendiendo por el túnel hasta llegar a un punto en que el aparato de presión ya no podía controlar la distancia que les separaba de la superficie del mar que tenían por encima. No estaba construido más que para medir profundidades corrientes: treinta mil metros como máximo. Pero los faros y el sonar continuaban funcionando sin que les afectara la tremenda presión a que el hidrostato estaba siendo sometido.

A medida que transcurrían las horas, la impaciencia dominaba más y más a los intrépidos exploradores. El pozo empezó a salirse de su línea vertical, pero su anchura era siempre más que suficiente para permitir no sólo el paso del hidrostato, sino incluso del crucero *Filipinas*.

Al llegar a cierto punto de su subacuática ruta, la esfera empezó a moverse con más rapidez.

—Hemos rebasado la zona donde se neutralizan las fuerzas de gravedad —apuntó el profesor—. Emergemos ya hacia el mundo de silicio.

Unos momentos más tarde, la pantalla de televisión le dejaba ver algunos peces eléctricos que se alumbraban con luces fosforescentes.

—¿Cómo es posible? —exclamó don Raimundo, pegando un brinco de sorpresa.

—¿Qué le extraña? —preguntó Gregorio Aznar—. ¿No estamos saliendo hacia el mundo de silicio? ¿Pues qué tiene de extraño que volvamos a encontrar peces?

—Mucho —aseguró don Raimundo—. Estos peces pertenecen a la misma especie de los que habitan los abismos oceánicos de la cara exterior de Solima… ¡Son bestias de carbono… y no podrían sobrevivir en las proximidades de un sol ultravioleta!

Adolfo Castillo, que no había caído en la cuenta de este sorprendente detalle, dio un brinco de sobresalto.

—¡Es verdad! —exclamó—. ¡Aquí no puede haber un sol ultravioleta!

—¿No pudieron llegar hasta aquí arrastrados por las corrientes de agua que comunican los dos mares? —preguntó el comandante del *Filipinas*.

—Nunca —aseguró don Raimundo con firme convicción—. Morirían víctimas de las grandes presiones… No. No puede ser eso, sino que en este hueco de las entrañas de Solima brilla un sol caliente igual al que nosotros estamos acostumbrados a ver.

—¡Sopla! —chilló Gregorio mirando al profesor con ojos de asombro—. ¿Será posible?

—Miren —dijo Aurora señalando al indicador de profundidad—. El aparato vuelve a marcar… estamos a veinte mil metros de profundidad.

Adolfo volvió los ojos hacia el indicador. Sintióse ligeramente mareado, pero sabía que aquella sensación no tenía su origen en el dificultoso funcionamiento de ninguno de los aparatos del hidrostato. Era simplemente un aturdimiento hijo de la emoción y la sorpresa.

—¡Suba, señor Aznar! —apremiaba don Raimundo temblando de excitación—. ¡Pronto… dese prisa… arriba!

El comandante del *Filipinas* dio una carga tan vigorosa a la envoltura de dedona del hidrostato que éste subió como una flecha hacia arriba.

—¡Apaguen los faros! —gritó el anciano.

Adolfo y Aurora se precipitaron al mismo tiempo hacia los conmutadores de los proyectores. La trémula mano de la muchacha llegó primero y apagó.

Al extinguirse la luz de los proyectores eléctricos la pantalla de televisión quedó completamente a oscuras. Pero ésta fue solamente una sensación engañosa, porque a medida que las pupilas de los viajeros se habituaban a la oscuridad y el hidrostato ascendía hacia la superficie del mar, pudieron ver un verdoso fulgor que manchaba el lienzo…

El objetivo de la cámara no apuntaba directamente hacia arriba en aquel momento, pero el capitán Aznar movió los mandos de control del objetivo y entonces un globo de fuego que brillaba a través del agua hirió las pupilas de los cuatro exploradores.

—¡¡¡Un sol!!!

El hidrostato acababa de abandonar las aguas y subía como un meteoro hacia un cielo ligeramente neblinoso, entre cuyas brumas brillaba un eufórico sol.

El capitán Aznar movió rápidamente los botones de control de la cámara. El objetivo del aparato de televisión volvió a apuntar hacia un lado, permitiendo ver la dilatada extensión azul de un océano y, más lejos, el vagoroso contorno de una costa que se veía a través de la neblina. El horizonte del extraño mundo, que era cóncavo en vez de convexo, permitía una amplísima visual, sólo limitada por el alcance del ojo. El objetivo del aparato de televisión giraba hacia la derecha, desarrollando ante los ojos de los viajeros una vista de todo cuanto tenían alrededor. Y fue entonces cuando en la pantalla aparecieron un grupo de pequeñas islas cubiertas de verde y lujuriante vegetación.

—¡Mira, papá! —gritó Aurora Castillo, asiéndose con fuerza del brazo de su padre—. ¡Árboles… una vegetación de carbono!

CAPÍTULO III

NUEVO MUNDO

LA sorpresa dejó paralizados a los intrépidos tripulantes del hidrostato. Nadie se preocupó de contener el impulso ascensional de la máquina y en la breve pausa que siguió, ésta continuó subiendo, mientras las imágenes del prodigioso archipiélago se empequeñecían en la distancia. El silencio fue roto súbitamente por la ronca voz de don Raimundo Castillo:

—¡Detenga la máquina! —gritó posando su mano sobre un hombro del capitán Aznar.

Gregorio empujó una palanca y el hidrostato se detuvo. Todos los ojos estaban fijos en el lienzo de la pantalla que a vista de pájaro les ofrecía una magnífica panorámica del grupecillo de islas. Una bandada de aves de una especie emparentada con las gaviotas surcó el aire a corta distancia de la máquina y su vista pareció arrancar a los viajeros de aquella especie de contemplación hipnótica en que habían caído.

—¡Sorprendente… maravilloso… realmente increíble! —murmuró don Raimundo bebiendo con los ojos el extraordinario espectáculo.

—¡Pero si esto es estupendo! —gritó el capitán Aznar soltando una risotada—. ¿Saben lo que acabamos de descubrir? Pues un mundo nuevo, amigos míos. Un mundo donde podrán venir a refugiarse con toda comodidad los mil millones de valeranos amenazados de muerte por inanición.

Los tres profesores de Historia Natural intercambiaron una mirada de inteligencia.

—Desde luego —dijo Adolfo—. Es fácil reconstruir el drama que

tuvo por escenario este planeta, hace de ello algunos millones de años. Solima es un planeta hermano de Redención, aunque mucho más viejo. El Creador debió encender la llama de la vida en Solima cuando Redención era todavía un globo incandescente. Aquí el hombre nació y erigió, sin duda, una civilización. Un cataclismo geológico debió hundir los continentes donde aquella humanidad vivía. Si los indígenas de este planeta conocían el segundo mundo que tenían bajo sus plantas, debieron venir a refugiarse aquí. También pudo ocurrir que los habitantes de uno y otro mundo se ignoraran mutuamente y sólo sobrevivieran los que vivían aquí dentro. Pero en una forma u otra, es casi seguro que encontraremos hombres como nosotros en este mundo.

Un elocuente silencio siguió a las proféticas palabras del sabio.

—Desde luego —dijo Adolfo—. Sería extraordinario que existieran aquí árboles y plantas, bestias y aves como las del reino de carbono de Redención y que la planta del hombre no hubiera hollado jamás estas tierras vírgenes.

—¿Por qué perdemos el tiempo haciendo conjeturas? —refunfuñó el capitán Aznar—. Si creen que aquí hay criaturas inteligentes como nosotros, ¿a qué esperamos? Salgamos a su encuentro y resolveremos de una vez nuestras dudas.

Los tres profesores de Historia Natural volvieron a mirarse unos a otros.

—Bien —dijo el profesor—. Daremos una vuelta por ahí. Pero antes sería conveniente fijar la posición de lugar por donde hemos salido. Sería realmente amargo que acabáramos de descubrir un nuevo mundo y quedáramos prisioneros de él, sin encontrar jamás la ruta que conduce al otro lado de la corteza de Solima.

—Eso es fácil —dijo el capitán—. Fotografiaremos este archipiélago por entre el que hemos salido y trazaremos un mapa de la ruta que sigamos para no encontrar dificultades al regreso.

Lo hicieron así. Adolfo fotografió el grupo de islas. Luego, el hidrostato, convertido ahora en aeronave, voló hacia las lejanas tierras que se entreveían a través de la bruma. Aurora tomó la temperatura del ambiente exterior. El clima era verdaderamente tórrido en aquel paraíso sepultado: cuarenta y seis grados centígrados a la sombra.

—La evaporización es muy intensa —observó Adolfo—. Las

lluvias deben ser frecuentes y extraordinariamente copiosas en estas tierras. No es extraño que las corrientes de agua procedentes de este mundo basten para templar los océanos exteriores del planeta.

La aeronave, volando a razón de mil kilómetros por hora, sólo invirtió veinte minutos en alcanzar la costa del continente. La tierra se ofreció ante los viajeros cubierta de espeso bosque. Nutridas bandadas de aves volaban sobre las copas de los árboles.

—¡Esto es un edén! —exclamó Gregorio Aznar midiendo con ojos de codicia la fecundidad de aquellas tierras vírgenes—. ¡Qué golpe cuando regresemos a *Valera* e informemos de cuanto acabamos de descubrir!

—Nuestro pueblo podrá prosperar aquí con toda comodidad. Ninguna humanidad hostil podrá repetir aquí lo que ocurrió con el planeta Tierra. Aunque toda la atmósfera exterior de Solima fuera desintegrada, el hombre, acomodado aquí dentro, sobreviviría al cataclismo —murmuró pensativamente el profesor Castillo. Y señalando la blanca línea de espuma de las olas que morían en una dilatada faja de arena añadió—: Sigamos la línea de la costa. El hombre siempre vivió obsesionado por el mar. Las rutas del océano fueron las primeras que abrió con sus primitivas naves, y fue junto a él donde erigieron preferentemente sus ciudades.

Gregorio Aznar asintió y piloteó la máquina sobre la interminable faja de arena lamida por el mar.

—¿Qué les parece si ponemos en marcha el aparato de radar? —preguntó Gregorio.

—Muy bien, póngalo —aprobó el profesor.

El capitán movió los botones de control. La pantalla de cristal negro que tenía delante se iluminó con tres borrosos puntos de luz fluorescente.

—¿Qué puede ser eso? —interrogó Aurora.

El profesor y Adolfo se inclinaron sobre los anchos hombros del capitán.

—Deben ser buques —dijo Gregorio—. Por lo menos están a quinientos kilómetros de distancia de nosotros y a unos doscientos de la tierra.

—Vamos hacia allá —dijo don Raimundo presa de gran excitación.

Gregorio Aznar arrumbó la máquina en la dirección que traían

los ecos del radar. La línea de la costa fue alejándose por estribor.

—¿Serán buques de hierro? —murmuró Aurora—. ¿Qué grado de civilización habrán alcanzado los hombres de este mundo? ¿Conocerán ya el vapor, el motor de explosión o la forma de utilizar la energía encerrada en el átomo?

—No se haga muchas ilusiones —refunfuñó Gregorio—. En todo caso son unos buques muy pequeños. El eco es débil.

Durante unos largos minutos la aeronave voló rápidamente al encuentro de las intrigantes señales devueltas por el radar.

—No pueden ser buques de vapor —murmuró el capitán con cierta amarga desilusión en el acento—. Se mueven muy despacio.

Unos minutos más tarde veían a través de la pantalla de televisión el distante chisporroteo de unos objetos brillantes heridos por los rayos del sol. El capitán hizo descender la máquina hasta sólo doscientos metros de altura. Poco después veían surgir de la difusa neblina tres objetos flotantes.

—¡Son buques! —chilló Aurora.

—Sí —añadió Adolfo—. Son… galeras de los tiempos de Maricastaña.

Los buques mostrábanse por fin a los curiosos ojos de los exploradores con toda claridad. Eran tres galeras que navegaban lentamente a impulsos de una doble fila de remos que batían rítmicamente el mar. Vistas desde el aire, las tres galeras parecían fantásticas arañas que se sostuvieran sobre el agua moviendo sus múltiples patas. Los objetos metálicos que devolvieran los ecos del radar y reflejaban la luz del sol, era una fila de brillantes escudos alineados sobre la borda.

Cuando el hidrostato llegó sobre las naves, los remos perdieron la rítmica de su movimiento y acabaron por detenerse. Sobre la cubierta de los buques centelleaban al sol los cascos metálicos de sus tripulantes.

—Nos han visto —sugirió Adolfo—. Seguramente están tan excitados que hasta se han olvidado de remar.

Gregorio Aznar inmovilizó el hidrostato sobre la escuadra. Los viajeros permanecieron unos minutos contemplando los buques.

—¿Qué pasaría si descendiéramos y saltáramos a bordo de uno de esos buques? —murmuró el capitán.

—Probablemente nos recibirían con una lluvia de flechas —

repuso el profesor—. Por lo demás sería una experiencia completamente inútil, pues es seguro que hablan una lengua desconocida para nosotros.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Sigamos la ruta de esas galeras. Se dirigían hacia tierra, lo que quiere decir que debe haber un puerto no lejos de aquí.

Todos se mostraron de acuerdo con esta suposición. El capitán volvió a poner la máquina en marcha y volaron con rapidez hacia el continente dejando atrás las galeras. El radar funcionaba todavía. La negra pantalla se encendió en una confusión de pequeños puntos fluorescentes. Evidentemente estaban en buen camino. Aquello sólo podía ser el anuncio de que se aproximaban a la ciudad… y la ciudad surgió poco después en la lejanía.

Una honda emoción agitaba a los intrépidos exploradores del nuevo mundo mientras la aeronave acortaba las distancias. Pronto pudieron observar con todo detalle la ciudad. Ésta era muy grande, rodeada de altas murallas. Ocupaba una situación privilegiada en el fondo de una ancha y hermosa rada, en la cual iba a desembocar un caudaloso río. Este río besaba las imponentes murallas de un lado de la ciudad y debía ser una importante vía fluvial de comunicación con las tierras del interior. Muchos buques ascendían o descendían por el río. La ciudad parecía ser muy importante, a juzgar por la extensión que ocupaba y su gran puerto atestado de barcos.

—Si uno no estuviera a bordo de una máquina construida de dedona e impulsada por un reactor atómico, creería encontrarse ante una laboriosa ciudad griega o fenicia —murmuró Gregorio Aznar—. Es curioso que aquí, a varios centenares de años-luz de distancia del planeta Tierra, la civilización haya evolucionado según las mismas normas de la civilización terrestre.

—¿Por qué extraño? —repuso el profesor Castillo—. Es lógico que una humanidad como la nuestra, teniendo a mano los mismos elementos que la nuestra tuvo en la Tierra, haya desarrollado su civilización andando sobre las huellas de la humanidad terrícola. En la Edad Antigua de nuestro mundo existían muchos pueblos que se ignoraban mutuamente. Sin embargo, todos los pueblos de la vieja Tierra coincidieron en sinnúmero de puntos. Todos construyeron ciudades, se albergaron en casas, levantaron murallas, fabricaron armas del mismo modelo y buques que se movían utilizando la

fuerza del viento…

Don Raimundo se interrumpió para contemplar pensativamente la ciudad. Y súbitamente, viendo que el capitán les conducía directamente sobre ella, ordenó:

—Vire a la derecha, capitán. Será mejor que no llamemos la atención de esa gente.

—¿No quiere que descendamos para curiosear un poco?

—Sí. Pero no me parece prudente descender en mitad de la plaza pública de esa población. Con toda seguridad la gente echaría a correr asustada. Tal vez nos recibieran de mala manera… y vamos desarmados. Además, no hemos venido aquí a armar una guerra por nuestra cuenta, sino solamente a investigar las posibilidades y recursos de este mundo. Si les parece bien aterrizaremos en medio de aquel bosque que se ve allá.

Gregorio Aznar hizo virar la máquina, volaron a corta distancia de la costa y empezaron a descender sobre el tupido bosque a una distancia como de tres kilómetros de la ciudad amurallada.

—Miren: una carretera —señaló Aurora Castillo.

—Aterrizaremos cerca de ella —dijo el profesor.

El hidrostato se adentró sobre tierra firme y descendió en las proximidades de la carretera. El capitán buscó un hueco entre las copas de los árboles y se dejó caer por él hasta que la superficie de la máquina tocó tierra.

—¿Y ahora qué? —preguntó Adolfo—. Si paramos el generador de electricidad y esta máquina recobra todo su peso nos hundiremos en la tierra.

—No se preocupe. Saldremos por esa escotilla de escape del techo —señaló el profesor hacia el techo de la cabina.

Gregorio Aznar cortó la corriente. La esfera de dedona, con un formidable peso, se hundió crujiendo en la húmeda tierra, hasta que alcanzando un subsuelo más firme, cruzado sin duda de robustas raíces, se detuvo. Adolfo alzó las manos y desatornilló el cierre de presión de la escotilla de escape. El capitán accionó un mecanismo hidráulico y la pesada trapa se abrió hacia afuera. Un soplo de aire cálido entró por la abertura, a través de la cual se veía la techumbre de hojas de los árboles.

Adolfo fue el primero en salir. Izándose a pulso se deslizó por el estrecho agujero y se alzó de pie sobre el hidrostato. Vio que la

máquina se había hundido casi totalmente en un agujero. El suelo estaba sólo dos palmos por debajo de él.

Metiendo las manos por la abertura, Adolfo asió las muñecas de Aurora Castillo y la alzó en vilo hasta que las rodillas de la muchacha se apoyaron en el borde del agujero.

—No sospechaba que tuviera usted tanta fuerza —sonrió la joven poniéndose en pie—. Venga, ayudemos a subir a mi padre y al capitán.

Un minuto más tarde todos estaban sobre la esfera metálica. El capitán Aznar saltó al borde del pozo en que habíase hundido la máquina y los demás le siguieron.

—Estupendo —dijo Gregorio mirando la posición en que había quedado el hidrostato—. Bastará echarle unas ramas por encima y quedará muy bien escondido.

Lo hicieron así. El hidrostato tenía para ellos un incalculable valor en estos momentos, ya que sin él jamás podrían regresar al mundo que realmente pertenecían. Después de echarle por encima un montón de ramas y hojas secas quedó tan disimulado que sólo pasando sobre él podría descubrírsele. Cuando la tarea estuvo terminada, los valeranos se miraron unos a otros. Aurora, don Raimundo y Adolfo iban vestidos con unos holgados "monos" verdes de trabajo, sujetos a los tobillos y muñecas por unas hebillas de plástico. El comandante del *Filipinas* iba vestido con su uniforme de diario de oficial de la Armada Sideral Redentora: calzones azules embutidos en altas botas de cuero rojo, chaquetilla corta verde brillante y gorra roja y blanca con galoneada visera de charol.

—Con esta facha no podremos asomar la nariz dentro de la ciudad sin que nos persigan los perros y los chiquillos nos tiren piedras —refunfuñó el capitán—. Tendremos que esperar a la noche.

Adolfo Castillo se echó a reír.

—Olvida usted un detalle muy importante, querido capitán. En este mundo no se conoce la noche. El sol brilla aquí en un día eterno.

—¡Toma, pues es verdad! —exclamó Gregorio enrojeciendo bajo la burlona mirada de Aurora.

—Vayamos hacia la carretera —propuso don Raimundo—. Si los peatones que pasen por allí son blancos como nosotros les

secuestraremos y tomaremos sus ropas.

El grupo se puso en marcha a través del bosque. Saltaban entre los pies de los valeranos infinidad de bestezuelas inofensivas. Algunos rayos de sol filtraban entre la techumbre de hojas y descendían hasta el suelo como dardos dorados y ardientes. Una característica peculiar de este mundo, como del mundo interior del autoplaneta *Valera*, era que el sol estaba siempre en medio del espacio, y sus rayos caían verticalmente sobre todos los puntos de la tierra que le rodeaban. Esto, y la corta distancia del sol, hacía que sus rayos fueran altamente abrasadores.

—¡Magnífica tierra! —aprobó don Raimundo contemplando cuanto le rodeaba—. ¡Lástima que la ignoráramos durante tanto tiempo! Los redentores, arrollados por los hombres de cristal, hubieran podido refugiarse aquí y continuar su brillante civilización lejos de toda amenaza.

—¿Y quién nos dice que no lo hicieran realmente así? —repuso Adolfo sintiendo penetrar en su cerebro una luz de esperanza—. Es inadmisible que todos los redentores sucumbieran bajo las armas de los hombres de cristal. En último extremo, al verse perdidos, los supervivientes se acogerían a sus buques siderales y buscarían la salvación en la huida. El planeta más próximo a Redención es Solima. Lógicamente, si nosotros pusimos nuestros ojos en Solima ante la necesidad de alimentar a mil doscientos millones de seres, los exilados de Redención debieron hacer lo mismo. Pudiera ser que al explorar este planeta dieran con el mundo que ocultaba en sus entrañas, y si fuera así…

Adolfo dejó el final de la frase en el aire, esperando ver iluminarse de esperanza los ojos de sus compañeros. Pero don Raimundo movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—No —dijo—. La posibilidad de que nuestros hermanos descubrieran este mundo en las entrañas de Solima no es remota… Pero, indudablemente, las cosas no debieron ocurrir así. Si un resto, por pequeño que fuera, de redentores hubieran alcanzado este mundo y habitaran todavía aquí, ¿cree usted que todavía existirían ciudades amuralladas y barcos prehistóricos movidos a remo?

Adolfo Castillo asintió profundamente desilusionado.

—Sí, tiene usted razón, profesor —dijo—. Si un solo redentor hubiera llegado a este mundo estableciéndose aquí como un nuevo

Robinson, la faz de este mundo sería completamente distinta. La huella del inquieto hijo de la Tierra estaría impresa en todas partes. Poderosas aeronaves movidas por la energía atómica surcarían los aires. Ciudades flotantes atravesarían el mar. Las vías férreas alterarían el silencio de estos bosques vírgenes con el estruendo de veloces trenes… y el éter iría henchido de ondas energeléctricas y ondas hertzianas.

—Así sería —asintió don Raimundo—. Debemos desechar incluso la más remota posibilidad de que hombres de nuestra misma raza encontraran la salvación en este nuevo mundo. Aquí habitan criaturas humanas, de eso no nos cabe duda. Pero estas gentes nos ignoran. Incluso ignoran la existencia de otros mundos idénticos al suyo. Sus ojos nunca se han asomado a la cara exterior de Solima, ni se han alzado jamás llenos de inquietud y admiración hacia las maravillas de un cielo cuajado de estrellas.

—Pero la ignorancia de estas gentes terminará pronto —interrumpió el inquieto y esencialmente práctico Gregorio Aznar—. En cuanto nuestro pueblo penetre aquí con sus máquinas y su ciencia… ¡La revolución que vamos a armar!

El profesor asintió sonriendo. En su imaginación veía ya sin duda el brusco cambio que la vida iba a experimentar bajo el impulso creador del audaz hijo de la Tierra.

Mientras tanto, habían continuado andando a través del bosque y llegaban a la carretera. Allí se detuvieron.

—¡Caramba! —exclamó Aurora—. La gente aquí también sabe hacer las cosas.

La muchacha aludía al magnífico aspecto del camino. Éste estaba construido con grandes losas de granito, cuidadosamente unidas e igualadas sus superficies. Las famosas "vías" romanas por las que las legiones del imperio llegaban hasta todos los rincones de Europa y Asia no eran mejores que aquella que los valeranos tenían ante sí.

—¡Cuidado… viene gente! —avisó Gregorio echándose atrás.

Los valeranos retrocedieron hasta quedar ocultos por los troncos de los árboles.

—¿Son muchos? —preguntó Adolfo.

—No los vi bien. Vamos a asomarnos.

Estirando el cuello vieron, todavía lejos, una fuerza de caballería

que se alejaba de la ciudad. Mucho antes de llegar podían oírse ya el estruendo de los cascos herrados que golpeaban las losas del camino. El sol arrancaba cegadores destellos de las armas, los escudos, las corazas y los cascos de los guerreros.

—¡Una legión romana! —dijo Gregorio retirándose a donde había quedado Aurora y el profesor.

—¿Romana? —preguntó la muchacha.

—Bueno; al menos así lo parece. Van armados y equipados como los antiguos romanos.

La fuerza venía al paso y tardó bastante en pasar frente al lugar donde estaban emboscados los valeranos. Éstos contaron hasta cincuenta jinetes formidablemente armados. Los caballos eran unicornios y de extraordinaria fuerza, iguales a los de Redención. Su robustez les permitía llevar con soltura pesadas placas de bruñido bronce. También las armaduras, los escudos y los cascos rematados con una cimera de plumas eran de este metal.

La tropa pasó, ahogándose en la distancia el estruendo de los cascos herrados. Los valeranos esperaron hasta que supusieron bastante lejos a los jinetes y entonces volvieron a salir del bosque para mirar en la dirección que marchaba la tropa. La carretera era tan recta en aquel tramo que pudieron seguir con la vista al lucido cortejo hasta que éste se encontró a casi un kilómetro de distancia.

En mitad de la carretera, Adolfo Castillo miraba arriba y abajo esperando ver venir a alguien, cuando de pronto algo ocurrió que llamó poderosamente su atención. La tropa, ya lejana, habíase detenido y se apartaba a uno y otro lado para dejar paso a algo que venía a tremenda velocidad relampagueando al sol.

—Un automóvil —murmuró para sí. Y súbitamente, cayendo en lo extraordinario del hecho chilló—: ¡Un automóvil!

—¿Quéééééé? —gritó el profesor Castillo plantándose de un salto en medio del camino.

—¡Mire!

—¡Cielo santo… si es verdad!

El bólido, cuya carrocería, enteramente de cristal reflejaba los rayos del sol, se acercó en mitad de un impresionante silencio. Los cuatro intrépidos valeranos habían quedado paralizados por el estupor. Adolfo Castillo buscaba en su aturdida mente una razón que pudiera justificar la presencia de un automóvil eléctrico de

modelo redentor en mitad de este paisaje selvático y primitivo. Cuando la halló sintió que sus rodillas desfallecían de emoción.

—¡Alabado sea Dios! ¡Es un coche redentor… los exilados de Redención se refugiaron aquí…!

CAPÍTULO IV

LA PRINCESA FLAVIA

PRESOS de excitación, los cuatro valeranos empezaron a brincar como locos en mitad del camino.

—¡Pare… eh, paren!

—¡Alto… somos amigos!

—¡Deténganse, por todos los diablos!

El automóvil se les echó encima como un bólido y sólo empezó a disminuir la marcha cuando ya estaba llegando ante los valeranos. Éstos tuvieron que apartarse rápidamente para no ser arrollados. El automóvil pasó haciendo chirriar los frenos. Sus neumáticos de caucho dejaron una larga huella negra sobre las blancas losas del camino. Se detuvo cincuenta metros más allá.

Adolfo y el capitán Aznar echaron a correr hacia el vehículo seguidos por el profesor y la hija de éste. Adolfo fue el primero en llegar y se detuvo jadeando junto a la ventanilla, cuyo cristal azul bajaba dejando ver un bello rostro de mujer. Un par de ojos verdes, bajo el delicado arco de unas cejas rubias, se clavaron sorprendidos en el valerano.

—¡Por Santiago! —exclamó Adolfo acercándose a la ventanilla —. Temí que no se detuvieran ustedes. ¡Qué sorpresa, encontrar por aquí un automóvil redentor!

El capitán Aznar llegó también en este momento junto al coche.

—¡Eh, señorita! ¿Cómo está usted, preciosidad? ¡Y pensar que habíamos perdido toda esperanza de encontrar por aquí a gente amiga!

Las pupilas verdes de la viajera saltaban sorprendidas de uno a otro hombre.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó con puro acento castellano —. ¿Por qué visten de forma tan estrafalaria?

—¿Estrafalaria?

Los dos valeranos se miraron uno a otro y echáronse a reír a carcajadas. Aurora Castillo llegó en este momento tirando de su jadeante padre. Adolfo se volvió a mirarles, y por encima del hombro de sus compañeros vio que el escuadrón de caballería venía hacia aquí a galope tendido.

—¿De verdad… son ustedes… redentores? —preguntó don Raimundo entre jadeos.

La ventanilla delantera del automóvil descendió y por ella asomó el rostro de un hombre que se tocaba la cabeza con un casco de brillante bronce rematado por un airoso penacho de plumas rojas y amarillas.

—Deben ser payasos, princesa —dijo. Y sacando una mano por la ventanilla hizo señas para que se alejaran, mientras gritaba—: ¡Vamos, fuera de aquí, saltimbanquis!

La muchacha de los ojos verdes que el conductor acababa de llamar princesa hizo una seña para retener a los valeranos, aunque éstos no habían hecho el menor movimiento de retroceso.

—¿Por qué preguntan si somos redentores? ¿Qué pueblo es ése? ¿Son ustedes de allí?

—No, señorita —repuso el profesor Castillo—. Nosotros somos valeranos.

—¿Valeranos?

—Sí; *Valera* regresó al fin de la Tierra.

—¿Quién es *Valera*? ¿Es algún hombre?

Los cuatro valeranos intercambiaron una mirada de estupor.

—¡Por los cuernos de Satanás! —rugió Gregorio Aznar—. ¿Es que no sabe usted quiénes son los redentores… los valeranos… ni nada? ¿Pero de dónde sale usted, muchacha?

La portezuela delantera del coche se abrió; el hombre del casco empenachado, que vestía un faldellín de hojas de bronce y una coraza del mismo metal, echó pie a tierra esgrimiendo una espada corta y ancha.

—¡Déjeme echarles de aquí a palos, princesa! ¿No ve cómo van vestidos? Son juglares, gente holgazana y maleante. Eso se nota a la legua.

La muchacha no respondió. Volvió a fijar su atención en los trajes de los valeranos e insistió:

—¿Por qué van vestidos de una manera tan extraña?

—Está usted viendo el uniforme de un capitán de fragata de la Armada Sideral valerana. ¿No ha oído lo que dijo aquí el profesor Castillo? El autoplaneta *Valera* acaba de regresar del planeta Tierra. Esperábamos encontrarles en Redención…

—¿A mí? —preguntó la muchacha llevándose la mano al pecho.

—A usted… A todo el pueblo redentor, en fin… Nosotros venimos a Solima en busca de un refugio para nuestro pueblo…

—Este país no se llama Solima —interrumpió la joven—, sino Raab.

—Nosotros llamamos Solima al planeta que encierra este mundo en el cual estamos ahora —explicó el profesor Castillo.

El rumor de los cascos del escuadrón de caballería ahogaba casi las palabras de los que conversaban en mitad de la carretera.

—¿Qué es un planeta?

—Hija mía —suspiró el profesor Castillo—. O usted es tonta o su cultura deja mucho que desear. Habla usted perfectamente el castellano. ¿Cómo es posible que ignore que un planeta es un mundo que gira en el espacio alrededor de un Sol? Solima es un planeta. Redención es un planeta. La Tierra, otro planeta…

Las verdes pupilas de la muchacha, abiertas de par en par, saltaban del rostro del profesor al de Adolfo Castillo, que parecía llamar poderosamente su atención.

—¿Ha dicho un mundo? —preguntó.

—Sí, señorita —contestó Adolfo—. Cada planeta es un mundo.

—¿Un mundo distinto a Raab?

—Exactamente. Mundos que gravitan a millones de kilómetros de distancia unos de otros. ¿O tampoco sabe cuánto es un kilómetro? —preguntó Adolfo pesimista.

—Lo sé. Un kilómetro son mil metros…

El estruendo de la caballería se hizo tan imponente que Adolfo no pudo oír las restantes palabras de la muchacha. La tropa llegaba en estos momentos y envolvió al automóvil y a los que conversaban con un círculo de bestias, de hombres, de corazas y de lanzas. Un jinete se destacó del escuadrón y se acercó empuñando una espada.

—Perdonad, alteza —dijo el que parecía mandar la tropa

señalando a los cuatro valeranos—. ¿Le molesta esta gente?

La muchacha de las pupilas glaucas tardó unos instantes en contestar.

—No —dijo—. No me molestan. Me detuve porque me llamó la atención su estrafalaria vestimenta.

—¿Quiere que les mate o les arroje de aquí?

—No. Déjenos en paz. Quiero hablar con ellos —repuso la muchacha autoritariamente. Y volviendo sus ojos hacia Adolfo preguntó—: ¿He entendido mal o dijo usted que venían de un reino muy lejano?

—Exactamente, de un mundo muy lejano, señorita.

La joven contempló pensativamente a los forasteros.

—Es difícil de creer… —murmuró como para sí misma. Y en voz alta añadió—: ¿De qué medios se han valido para llegar hasta Raab?

—Vinimos tripulando un hidrostato… una esfera metálica que puede navegar bajo el agua o surcando el cielo.

—¡No es posible! —exclamó la joven—. Sólo las tropas celestiales del dios Haakón utilizaban esas naves.

—¿Y quién es Haakón, hija mía? —preguntó don Raimundo.

—¿No lo saben? Haakón es el dios todopoderoso, señor del cielo y del mar, del rayo y de la tempestad, de las bestias y de los hombres —repuso la muchacha con rapidez. Y tras una corta pausa añadió con énfasis—: Haakón es el padre de mi padre, ¿sabe?

Esta vez tocó a los valeranos abrir unos ojos tamaños de asombro.

—¿Quiere decir que Haakón es su abuelito, preciosa? —preguntó el capitán Aznar dando un respingo.

—Sí.

Adolfo Castillo volvióse a mirar al profesor.

—Evidentemente —dijo el sabio—. Hay alguien por aquí que utiliza esferas de dedona y se hace pasar por un semidiós. Si resulta cierto lo que estoy pensando…

—¿En qué piensa? —preguntó Adolfo.

—No cabe duda de que los redentores llegaron hasta aquí. Este automóvil es de factura redentora y esta gente habla el español. Y, o esta muchacha nos está contando un cuento de hadas o los redentores que llegaron aquí procedieron de una forma bien

extraña. En vez de colonizar y civilizar este mundo se erigieron en dioses… o en tiranos.

—Debiéramos ir en busca de ese Haakón y hacerle cuatro preguntas —sugirió Gregorio Aznar.

—Nada me gustaría tanto como poder hacerlo. Mas es posible que el tal Haakón no sienta el mismo entusiasmo por vernos.

—¿Cree que si nuestros compatriotas se enteran del regreso de *Valera* se las compondrán para que nosotros no podamos salir de aquí? —preguntó Adolfo.

—No. Tanto como eso, no. Posiblemente el mismo Haakón ignora su origen. Recuerden que mientras *Valera* sólo ha invertido sesenta años en su viaje de ida y vuelta a la Tierra, aquí han transcurrido cerca de catorce siglos. Tal vez sólo un puñado de redentores llegaran aquí por pura causalidad, por falta de medios o por pereza, encontraron más cómodo hacerse pasar por dioses ante una humanidad primitiva, que civilizarla e imprimir aquí la huella de nuestra cultura. Catorce siglos es mucho tiempo para conservar fielmente la tradición de Redención y del autoplaneta que zarpó hacia la Tierra para regresar algún día. El recuerdo de nuestro viaje debió perderse en el transcurso de los siglos. Esta gente nos ignora.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Adolfo.

El profesor Castillo volvióse hacia la bella ocupante del automóvil, quien había seguido toda la conversación sin perderse una silaba y parecía a la vez asustada y sorprendida.

—¿Podríamos ver a vuestro dios Haakón, princesa?

—No es fácil. Haakón sólo se presenta ante los mortales en muy contadas ocasiones.

—No querrá decir que Haakón es inmortal, ¿verdad?

—Sí. Haakón es inmortal.

—¡Hombre, es lo único que nos faltaba oír! —farfulló Gregorio Aznar enarcando una ceja.

Don Raimundo alzó una mano imponiendo silencio al comandante del *Filipinas*.

—¿Y vuestro padre, el hijo de Haakón, es también inmortal? —preguntó la muchacha.

—No. Mi padre, aunque hijo de dioses, es un ser mortal. A su muerte, otro hijo de Haakón le sustituirá en el trono de Raab. Así viene sucediendo desde la creación del mundo.

Gregorio Aznar hizo una mueca violenta. El profesor ahogó sus exabruptos con un ademán.

—¿Podríamos ver a vuestro padre, princesa?

La faz de la muchacha se iluminó de alegría.

—¡Oh, sí! —exclamó—. Mi padre se alegrará mucho de veros seguramente. Es muy interesante todo eso que decís de otros mundos lejanos. Pero… —la joven alzó una mano, frunció las cejas y añadió con voz amenazadora—: ¡Ay de vosotros si todo es una vil mentira y sois payasos en vez de emisarios de otro mundo!

—Respondemos con nuestras vidas de la verdad de cuanto decimos —aseguró solemnemente don Raimundo Castillo.

—Muy bien. En tal caso… ¿No os asusta subir a caballo de este espíritu de Haakón? —preguntó la joven.

—¿Te refieres al automóvil? —preguntó el profesor mientras Gregorio Aznar soltaba una carcajada—. No. No le tememos. En nuestro mundo tenemos de… eso que tú llamas espíritu de Haakón.

—Bien —dijo la muchacha con cierto mohín de desencanto—. Entonces, subid.

—¡Pero princesa! —exclamó el conductor alarmado—. ¿Vais a fiaros de lo que dicen estos embaucadores?

La joven abrió la portezuela del automóvil. Entonces, los valeranos pudieron ver que iba vestida con una especie de túnica muy ligera con un corte vertical por el que asomaban sus esbeltas y sonrosadas piernas.

—Capitán —llamó la princesa al jefe de la caballería—. Iremos a marcha lenta para que puedas seguirnos con tu escuadrón.

Los valeranos treparon al automóvil. Como no cabían todos en el asiento trasero, el capitán y Aurora fueron a sentarse en el baquet junto al conductor. Adolfo cerró la portezuela, se dejó caer junto a la princesa y el automóvil se puso en marcha rodando en marcha moderada por la carretera enlosada. A derecha, a izquierda y por detrás les siguió el escuadrón de caballería al galope.

Un embriagador perfume envolvió a Adolfo Castillo. A través de la ropa sentía el tibio contacto del cuerpo de la joven. Ésta se le antojó de una extraordinaria hermosura, y a su lado, el joven profesor de Historia Natural sintióse turbado y profundamente impresionado.

El profesor Castillo, sentado al otro lado de la princesa,

abrumaba a ésta a preguntas.

—Ese Haakón, ¿dónde habita?

—En el espacio. Su ciudad, Olimpia, es la más hermosa de todo el mundo. Mi padre, que vivió en ella durante su juventud, me ha descrito todas sus maravillas. Olimpia flota en el aire sobre una nube, y sube y baja a voluntad del todopoderoso Haakón; allí, en un palacio cuyas paredes son transparentes como el aire, habita nuestro dios rodeado de sus esposas, sus hijos, sus ángeles y sus tropas celestiales.

—De manera que una ciudad que flota sobre una nube… —rezongó el profesor acariciándose la barbilla.

—Yo nunca la vi —prosiguió la princesa—. Pero no me apeno de ello. Mi padre dice que, casi siempre, cuando Haakón llama a algún príncipe a su ciudad, es para castigarle. Él lo ve todo desde Olimpia. Sus ojos llegan a todas las partes del mundo.

—¡Buen tunante será el tan Haakón! —refunfuñó Gregorio Aznar desde el asiento delantero—. Lo que vea, naturalmente, será gracias a los aparatos de televisión. ¡Farsante!

—También lo oye todo —advirtió la princesa—. Sus oídos llegan hasta el más remoto rincón de Raab.

—Sí, naturalmente. Para eso está la radio —gruñó el capitán Aznar.

—Os lo advierto porque es muy posible que os esté escuchando en estos momentos. Si le insultáis puede mandar contra vosotros a sus tropas celestiales y aniquilaros con un relámpago azul.

—No te preocupes por nosotros, princesa —dijo Adolfo. Y picado de curiosidad preguntó—: ¿Cómo te llamas?

—Flavia. ¿Y tú?

—Mi nombre es Adolfo. Adolfo Castillo. El caballero que tienes a tu derecha es don Raimundo Castillo. Aquella joven es hija de don Raimundo y se llama Aurora. El otro es el capitán don Gregorio Aznar, comandante de uno de los cruceros de nuestra Armada Sideral.

Estaban llegando a la ciudad. A través del cristal parabrisas podían verse ya las grises murallas que acordonaban la urbe.

—¿Cómo se llama vuestra ciudad? —preguntó don Raimundo.

—Signé —repuso la muchacha. Y en el momento que iban a entrar en el amplio portalón de la muralla, añadió—: Bienvenidos

seáis a Signé, extranjeros.

CAPÍTULO V

EL REYEZUELO

EL automóvil debió ser divisado desde los torreones de la muralla cuando se aproximaba a la ciudad. Una doble fila de soldados, protegidos los pechos con brillantes corazas de bronce y armados de largas lanzas, formaba a derecha e izquierda del pesado portalón. El principesco vehículo pasó sin detenerse por entre la doble fila de soldados y penetró por un túnel abovedado que horadaba el pie de la muralla.

El coche hizo sonar su estridente sirena al salir del túnel y enfilar una amplia avenida que subía en ligera cuesta hacia una colina fortificada que ocupaba una privilegiada situación próxima al puerto. En la cima de la eminencia destacaba una construcción de mármol blanco que parecía copiar al famoso Partenón de Atenas. En un plano ligeramente más bajo, pero dentro del recinto amurallado, se veía un suntuoso palacio.

—La Ciudad Prohibida —señaló Flavia—. Ahí vivo yo.

—Ese templo ¿está dedicado a Palas Atenea? —preguntó el profesor señalando el falso Partenón.

—¡Oh, no! Esa es la morada de Haakón, padre de todos los dioses, ¿quién es Palas Atenea?

—No la conoces —refunfuñó el sabio volviendo los ojos hacia la ventanilla.

El paso del automóvil por las calles de Signé daba lugar a un curioso espectáculo. Las gentes, que vestían pobremente a estilo romano, daban un salto al oír el desaforado aullido de la sirena y corrían a la desbandada para dejar libre la calle y ponerse de cara a las paredes.

—¿Por qué hacen eso? —preguntó Adolfo.

—La mirada del pueblo no puede fijarse sobre el hijo de Haakón. Le mancharían. La gente cree que es Aquila, mi padre, quien ocupa esta carroza animada del espíritu de Haakón.

—¿Quieres decir que a ti sí pueden mirarte?

—¡Oh, sí! A mí sí. Yo sólo soy la hija de Aquila. Cuando mi padre sea viejo Haakón le llamará a su lado para que termine sus días en la morada de los dioses y otro hijo joven de Haakón vendrá a ocupar el trono de Signé. Entonces, yo y mis hermanos abandonaremos el palacio de la Ciudad Prohibida, y pasaremos a vivir con la nobleza. Mis hijos, y los hijos de mis hijos, serán soldados o ministros de los futuros reyes de Signé.

—Una organización muy interesante —murmuró el profesor Castillo—. Tal vez todos los jinetes que nos han escoltado hasta las murallas desciendan de Haakón, ¿eh?

—Sí, todos descienden de Haakón.

—Por eso hablan el español, ¿no?

—¿Es español?

—Sí. El idioma que ahora estamos hablando nosotros…

—¡Ah, sí! Todos los nobles de Raab conocen la lengua de Haakón, pero solamente ellos. Por eso cuando os oía hablar en… español, despertasteis mi curiosidad. De haberme dirigido la palabra en lengua raabita ni siquiera os hubiera prestado atención.

El automóvil llegaba en estos momentos ante la muralla de la acrópolis e hizo callar su sirena. La magnífica avenida embaldosada terminaba frente a un grandioso portalón, cuyas recias maderas estaban forradas por placas de oro. Un lucido cuerpo de guardia hizo los honores a la carroza principesca. El automóvil siguió adelante por un camino construido con bloques de mármol y torció a la izquierda para detenerse frente al palacio real. Éste, como el falso Partenón, estaba rodeado en sus cuatro caras por un colosal peristilo, cuyas columnas no tendrían menos de cuarenta metro de altura.

Los pasajeros saltaron a tierra y subieron la interminable escalinata flanqueada de estatuas hasta el pórtico. Un centurión, cuya coraza de plata mostraba artísticas incrustaciones en oro y se cubría la cabeza con un casco rematado por un penacho de plumas rojas, salió al encuentro del grupo.

—Esperad aquí —dijo la princesa. Y habló con el centurión detrás de una columna.

Mientras tanto, los valeranos admiraban desde aquella altura la magnífica perspectiva de la ciudad y del activo puerto. Flavia les llamó y, acompañados del centurión, entraron en el atrio de palacio. A derecha e izquierda partían sendas amplias escalinatas de mármol rosa que llevaban al piso superior. Por la escalinata de la derecha, el grupo llegó a un atrio superior. De éste pasaron a un lujoso vestíbulo rodeado de hermosas esculturas y salieron a una galería que daba sobre el patio interior del edificio. El patio tenía también un peristilo, y en el centro un estanque con un surtidor. Por las galerías laterales, o sea, por los corredores que formaban las columnas, iban y venían soldados y sirvientes.

—Esas son las habitaciones de la servidumbre —dijo Flavia comprendiendo la curiosidad de sus huéspedes—. Aquí, en la galería superior, están las habitaciones de la familia real… Aquí está el tablinum de Aquila.

Por un portal que carecía de puerta, el grupo entró en una especie de vestíbulo, al fondo del cual había un segundo portal cerrado por espesas cortinas y con un soldado armado de lanza a cada lado.

—Esperad aquí un momento. Voy a avisar a mi padre de vuestra llegada —dijo Flavia despareciendo tras las cortinas.

La princesa tardó bastante en salir.

—Pasad —dijo asomando su bello rostro por entre las cortinas.

Los valeranos entraron seguidos de las curiosas miradas de los soldados y el centurión que les acompañara hasta el vestíbulo. Los cuatro viajeros se vieron en una estancia escasa de muebles, elegante y sobria, con nichos en los que se veían esculturas y un largo balcón al fondo que daba al peristilo exterior. Enfrente del balcón había una recia mesa trabajada en oro, detrás de la cual estaba sentado un hombre que aparentaba unos cincuenta años y se envolvía en una túnica dorada. El ceño del personaje estaba fruncido mientras sus ojos verdes examinaban a los valeranos de pies a cabeza.

—¿Qué fábula es esa que acaba de contarme Flavia? —gruñó Aquila recostándose en su regia poltrona—. ¿Cómo os atrevéis a asegurar que sois hombres de otro mundo? Todo el mundo es Raab,

lo hemos comprobado. Uno puede andar leguas y leguas durante toda su vida y encontrarse al final de su viaje en el mismo sitio del que partió siendo joven. Por lo tanto, no hay más mundos que Raab, y si vosotros aseguráis lo contrario, sois unos viles embusteros.

Luego humedecióse los labios con la punta de la legua, avanzó hasta la mesa y tomó de ella un pisapapeles que era una esfera de vidrio hueca.

—Mira, Aquila —dijo poniendo la esfera ante los ojos del padre de Flavia—. ¿Ves esto? Es una esfera hueca, exactamente igual que el mundo en el cual nos hallamos ahora. Raab ocupa este espacio hueco. Un hombre puede andar durante toda su vida por aquí dentro y siempre volverá al mismo sitio. Ese es el mundo que vosotros conocéis aunque, naturalmente, en una escala muchísimo mayor.

Las glaucas pupilas de Aquila contemplaron absortas la esfera que el profesor tenía en la mano.

—Pero no es TODO el mundo —prosiguió diciendo el profesor. Y pasando la yema de su índice sobre la superficie de la esfera añadió —: aquí afuera también hay mares y tierras. De allí llegamos nosotros después de atravesar la corteza de esta bola por un pozo lleno de agua que desemboca en vuestros mares. ¿Has comprendido?

Aquila poseía una inteligencia despierta. Había comprendido inmediatamente, pero no podía creerlo.

—Si fuera como tú dices, esa bola tan grande tendría que apoyarse en algún sitio, como se apoya ahora sobre tu mano y antes sobre la mesa.

—No se apoya en ningún sitio. Flota en mitad del espacio como la ciudad donde habita Haakón, tu padre. Y no está solo. A muchos millones de kilómetros de distancia, a la derecha, por arriba y por abajo, está rodeado de otros mundos, todos los cuales forman lo que nosotros llamamos el firmamento. Muy cerca de este colosal globo, que por fuera se llama Solima, flota en mitad del espacio otro hermoso mundo llamado Redención.

—¿Es de allí de donde venís vosotros? —preguntó Aquila.

—Pues… no exactamente. Nosotros acabamos de llegar de la Tierra, otro hermoso mundo, tan lejano, que hemos invertido setenta años en ir y volver.

—¿Qué es un año? —preguntó Aquila.

Don Raimundo suspiró y miró a sus compañeros con aire trágico.

—Si hemos de ilustrar a Aquila en los principios de la Astronomía, estamos listos —farfulló Gregorio Aznar—. En su cabeza armaremos un embrollo tal que entonces sí que no podrá creernos.

—Mira, Aquila —dijo el profesor armándose de paciencia—. Son tantas las cosas que ignoras y tan sorprendentes para ti todas ellas, que tardarás bastante tiempo en comprenderlas. Te diré solamente esto: nosotros y vosotros somos miembros de una misma y numerosísima familia. Tus antepasados, que son también los míos, nacieron en ese lejano mundo que se llama planeta Tierra. Un día, por ciertas causas, tuvimos que emigrar en busca de otro mundo. Vinimos a Redención y allí levantamos nuestras ciudades y cultivamos nuestros campos. Hace mucho tiempo, unos cuantos millones de nosotros partimos en una nave hacia la Tierra. Acabamos de regresar ahora, pero al volver a Redención encontramos nuestras ciudades destruidas, nuestros campos arrasados y nuestros hermanos desaparecidos. Empezamos a buscarlos, y buscando, buscando vinimos a parar a Solima. Aquí os hemos encontrado. ¿Sabes lo que ocurrió? Tus antepasados tuvieron que abandonar Redención y venirse a vivir en el interior hueco de Solima, precisamente en este Raab donde estamos ahora. Ha pasado mucho tiempo desde que llegasteis aquí. Muchas generaciones se han sucedido unas a otras y finalmente habéis olvidado que vuestros antepasados vivieron en Redención, y otros antepasados salieron de viaje hacia la Tierra para regresar algún día. Pero nosotros no os olvidamos y hoy que os hemos encontrado, nuestros corazones saltan de júbilo.

Aquila escuchaba con las pupilas dilatadas de asombro.

—En verdad que es extraordinaria la historia que contáis —murmuró—. ¿Pero quién me asegura que es cierta?

El capitán Aznar avanzó hasta la mesa y se apoyó en ella, mirando fijamente al reyezuelo.

—Escuche, Aquila —dijo—. No nos importa su falta de fe en nuestras palabras ni podemos perder tiempo en convencerle. Sólo hemos venido a saludarle y nos marchamos. Pero no tardaremos en

regresar al frente de nuestro pueblo.

—¿Qué quieres decir? —murmuró Aquila palideciendo.

—Ya lo oyó usted. Hay mil millones de seres que necesitan comer y Raab es bastante grande y rico para que podamos vivir todos.

—¡Por el divino nombre de mi padre! —gritó Aquila saltando en pie—. Te equivocas. Raab no es tan rico… Mi pueblo no puede compartir su comida con el tuyo… todos moriríamos de hambre.

—¡Bah! —rió el capitán—. Nadie morirá de hambre, sino todo lo contrario. No somos una nación de zánganos ni venimos aquí para chuparos como sanguijuelas. Nuestros conocimientos científicos darán un formidable impulso a la agricultura. Organizaremos la industria más poderosa del universo. El bienestar alcanzará por igual a redentores y raabitas. Todos trabajaremos juntos por la prosperidad y la dicha de una sola nación.

—De todas formas, tu pueblo no podrá entrar en Raab sin permiso de Haakón —advirtió Aquila vacilando.

—¿Crees que intentará impedirlo? —preguntó Gregorio.

—Si quiere lo impedirá. Él manda sobre el rayo y el fuego. Su poder es infinito y sus cóleras terribles.

Al llegar a este punto, la opinión personal de Adolfo Castillo era que sus compañeros habían hecho mal en declamar sus intenciones. De haber sido él quien tomara la dirección del asunto hubiera procedido con más cautela. Al fin y al cabo desconocían la fuerza del tal Haakón. Ésta, sin duda, no podría equipararse a la del ejército redentor. Mas podía perturbar el acceso de los valeranos a Raab y ninguna razón había para declarar el juego antes de hora.

Deseoso de comunicar sus recelos al profesor, buscó una forma de expresión para advertirle sin que Aquila se diera cuenta. Entonces optó por emplear la lengua thorbod, que todos los redentores conocían.

—Profesor —dijo en este idioma—. Si mi modesta opinión sirve de algo, sugiero que nos despidamos de Aquila, regresemos a nuestro hidrostato y vayamos a reunirnos con los nuestros.

—¿Cree que corremos algún peligro? —preguntó Gregorio Aznar.

—Lo presiento. No es probable que a Haakón le seduzca la idea de ver invadido su reino por el pueblo redentor. Nuestra intrusión

significaría el inmediato eclipse de su divinidad… si acaso no le ocurría algo peor.

—No exageremos, Adolfo —dijo Aurora Castillo—. Haakón no es más culpable que Aquila de este estado de cosas. Habrá heredado su divinidad e ignora nuestra existencia. Tal vez sea un hombre honrado, en cuyo caso se alegrará de ver prosperar a su pueblo con el redentor. Y aún si se opusiera a nuestra entrada en Raab, ¿qué ocurriría? Poseerá, a lo sumo, cuatro viejos destructores, un disco volante sobre el que está erigida su ciudad santa y un puñado de rifles. Nada. Menos que una paja ante nuestro formidable ejército.

—Necesita todavía menos para impedir que nuestro pueblo se beneficie de los dones de este paraíso enterrado —advirtió Adolfo —. Recuerden que nosotros cuatro somos los únicos que conocemos la existencia de Raab. Ni siquiera tenemos armas. Haakón puede encarcelarnos o colgarnos de un árbol y el pueblo redentor jamás conocerá que tuvo un mundo salvador al alcance de las manos, ni que perdió este mundo por culpa de la insensatez de un capitán de la Armada y tres profesores de Historia Natural poco versados en cuestiones de diplomacia.

Las palabras de Adolfo parecieron sonar como un clarín en los aturdidos cerebros de sus compañeros.

—¡Cristo! —rezongó Gregorio Aznar—. Adolfo tiene razón. ¡Estaría bueno que jamás pudiéramos regresar a *Valera*!

—Despidámonos de Aquila —rezongó don Raimundo en thorbod. Y dirigiéndose al reyezuelo en español dijo—: Creo que tienes razón, Aquila. No podemos venir a establecernos en Raab sin permiso de vuestro dios Haakón. Yo te suplico, en nombre de mi pueblo, que intercedas por nosotros cerca de tu divino padre para que nos otorgue la dicha de poder entrar en su reino. ¿Querrías hacerlo?

—¡Oh, claro que sí! —exclamó Aquila, al parecer satisfecho—. No hay razón para que tu pueblo no entre en Raab si, como aseguráis, vais a traer con vosotros el progreso la felicidad para todos. Pero mil millones es mucha gente. No sé… no sé que dirá mi padre a todo esto; pero en fin, contad con mi ayuda.

—En tal caso y con tu graciosa venia, vamos a regresar a nuestro pueblo para dar cuenta de la marcha de los negocios.

—¡Nada de eso! —protestó Aquila saliendo de detrás de la mesa

y apoyando una mano sobre el hombro del sabio, con ademán protector—. Os quedaréis aquí. Seréis mis huéspedes.

—¡Esto nos faltaba! —rezongó Gregorio en thorbod por un lado de su boca, horriblemente torcida.

Don Raimundo cruzó una mirada de angustia con Adolfo. El joven se dirigió al reyezuelo.

—Perdónanos si no podemos aceptar tu honrosa invitación, Aquila —dijo—. Hemos de regresar con los nuestros, que ya estarán impacientes y alarmados por la tardanza…

La ingrávida manita de Flavia se posó sobre el brazo de Adolfo.

—No podéis rechazar la invitación de Aquila —susurró alzando sus luminosas pupilas hacia las del profesor de Historia Natural—. En Raab se considera como una gravísima ofensa rechazar la hospitalidad del dueño de una casa.

—Perdonad, alteza —balbuceó Adolfo—. Nosotros…

—Lo ignorabais, ya lo sé —cortó sonriente Aquila—. No se hable más; os quedaréis. Sois mis huéspedes de honor. Mis hijos y yo escucharemos con mucho gusto las descripciones de vuestro maravilloso pueblo.

Gregorio Aznar abrió la boca para protestar. Pero don Raimundo se anticipó a sus palabras diciéndole en lengua thorbod.

—No insistamos. Si demostráramos demasiado empeño, Aquila se ofendería y tal vez recelaría —y en español añadió, dirigiéndose al reyezuelo—: Aceptamos muy agradecidos tu magnánima invitación, alteza. Nada más lejos de nuestros deseos que agraviarte. Nos quedaremos… por veinte horas. De esta forma no sufrirá menoscabo tu honor y no llegaremos demasiado tarde a nuestra casa.

—Es una solución que me complace —repuso Aquila estrechando la mano de don Raimundo—. Ahora os acompañarán a vuestros aposentos para que descanséis de tan largo viaje. Escucharé muy gustoso vuestro relato durante la comida.

El reyezuelo se acercó a la mesa, tomó una pequeña maza y golpeó con ella un gong. Todavía vibraba el disco cuando entró en el despacho un hombre de cabellos entrecanos que vestía una túnica roja.

—Clinias. Acompaña a mis huéspedes hasta sus aposentos. Rodéales de todas las comodidades; ya sabes lo que quiero decir con

esto.

—Sí, serenísimo señor —murmuró Clinias haciendo una reverencia, y saludando a los valeranos añadió—: ¿Sus excelencias me harán la gracia de seguir mis pasos?

El grupo se despidió de Aquila con una ligera inclinación de cabeza y abandonó el tablinum u oficina. La princesa Flavia se quedó con su augusto padre. Andando a lo largo de la galería, los valeranos sentíanse nerviosos y disgustados.

—¿Por qué no me mordería la lengua antes de decir que somos mil millones de seres hambrientos? —refunfuñó Gregorio Aznar.

—Para el caso es igual —trató de consolarle Aurora—. Mil millones de almas o mil a secas, Aquila nos hubiera retenido a su lado.

—Esperemos que Haakón no se entere de nuestra arribada hasta que hayamos salido de aquí —murmuró Adolfo. Pero ni él mismo se creía. Y los demás lo notaron.

—¿Creen que Haakón tendrá distribuidos aparatos de radio o televisión entre sus reyezuelos? —preguntó el capitán Aznar.

—No es probable —dijo don Raimundo—. A menos que Haakón posea una modesta industria, siquiera para reparar o construir nuevos aparatos de radio y televisión, los aparatos que llegaron aquí con los primeros exilados de Redención se habrán estropeado por el uso.

—No se hagan ilusiones —intercedió Adolfo—. Aquí hay hombres que conocen los múltiples usos de la electricidad. Hay centrales generadoras de energía, puesto que los automóviles eléctricos la utilizan para moverse. Alguien construye o repara esos coches. Han transcurrido, por lo menos, doce siglos desde que los exilados redentores llegaron a Raab por primera vez. Los reyezuelos han venido utilizando esas máquinas durante mil doscientos años o más, y aunque nuestros antepasados las construyeran con solidez, es demasiado tiempo para que continúen rodando.

Mientras se comunicaban sus lúgubres pensamientos habían llegado ante las habitaciones que Clinias les elegía. Las cuatro estaban en línea recta y tenían en el vestíbulo una piscina. Los pisos eran de brillante mosaico, las paredes estucadas con profusión de nichos para las estatuas y los muebles sólidos y poco cómodos, a excepción del lecho. Por el fondo se comunicaban con una galería

que iba a dar al peristilo de la fachada posterior.

Adolfo salió a esta galería, encontrándose allí con sus compañeros. Desde este balconaje se divisaban el puerto y el mar por encima de los tejados de Signé. A sus pies se veía un jardín adornado con parterres, estatuas de mujeres desnudas, estanques y surtidores.

—Debe costarle un pico a Aquila hacer subir el agua hasta aquí y malgastarla con tal profusión —murmuró Gregorio Aznar.

Más tarde, los valeranos habían de saber con asombro que había un modernísimo equipo de bombas eléctricas que subían el agua desde una fuente hasta un depósito bajo el Partenón. Naturalmente, se atribuía sólo a Haakón el poder de elevar el agua sin intervención de la mano del hombre.

Un grupo de criadas llegó para ayudarles a tomar el baño. Aurora fue la única que admitió los servicios de las oficiosas y lindas muchachas.

—¡No faltaba más! —gruñó Adolfo mientras la doncella que le había correspondido salía muy extrañada de su habitación.

CAPÍTULO VI

MANDO SINIESTRO

HORA y media más tarde, el profesor Castillo, Aurora, Gregorio Aznar y Adolfo se sentaban a la mesa con Aquila y los dos hijos de éste: Belos y Néstor. Las mujeres, según la etiqueta palaciega, no asistían a las comidas con los hombres. Aurora Castillo, naturalmente, era una excepción por su calidad de huésped.

La ausencia de Flavia defraudó a Adolfo, aunque el joven no lo comprendiera entonces y atribuyera al mal humor que le dominaba el desasosiego que sintió a lo largo de toda la comida. Ésta, realmente, más bien podía calificarse de banquete. Era la primera vez que Aurora Castillo, Gregorio Aznar y Adolfo se sentaban ante fuentes donde humeaban suculentas aves. Don Raimundo era el único que había asistido a una comida donde se servían carnes auténticas, pero incluso en la memoria del sabio el recuerdo de esta experiencia se difuminaba tras la niebla del pasado. Hacía sesenta años, exactamente, desde que partiera de Redención rumbo a la Tierra, que sus ojos no acariciaban los mórbidos contornos de una ave condimentada. A bordo de *Valera*, los astronautas no habían conocido más alimentos sólidos que los fabricados artificiosamente.

Los hijos de Aquila, Néstor y Belos, eran dos muchachones rubios, con las mismas pupilas verdes de la bella Flavia. Su padre debía haberles puesto en antecedentes de la identidad de sus invitados, ya que los dos príncipes mostraron una insaciable curiosidad por todo cuanto atañía a los valeranos y al lejano mundo de que aseguraban proceder.

Los valeranos, sin embargo, habían decidido ser más circunspectos y eludieron sistemáticamente hablar de los adelantos

de su civilización y la formidable potencia de su ejército. El profesor Castillo hizo derivar la conversación hacia la Astronomía, provocando el asombro de sus anfitriones con la descripción de los mundos distintos a Raab. Solamente para hacer comprender a sus oyentes las causas que originaban el día y la noche sobre la superficie de los planetas, hubo de invertir el sabio más de dos horas. Evidentemente, Aquila y sus hijos quedaron tan fatigados por el esfuerzo de imaginación a que el profesor les obligaba, que se abstuvieron de prolongar la sobremesa más de lo que Adolfo Castillo temía.

Acompañados por Belos y Néstor, los extranjeros regresaron a sus habitaciones para descansar. Adolfo sentíase verdaderamente fatigado y se durmió casi en seguida. Pero el calor reinante, al que no estaba acostumbrado, y el natural desasosiego que su crítica situación le producía, lo despertaron pronto. En vano intentó conciliar el sueño. Finalmente, tras desesperados esfuerzos, se levantó con el cuerpo bañado en sudor y salió a la galería exterior en busca de una racha de viento fresco.

El sol, inmóvil en el cénit, dejaba caer sus perpendiculares rayos sobre la tierra humeante de vapor. A la derecha, Adolfo podía ver el suntuoso Partenón que se erigía en el punto más alto de la Acrópolis. A la izquierda, sobre los tejados y avenidas de Signé, la vista se tendía sobre el puerto y el inmenso mar. Al frente, Adolfo vislumbraba la plateada cinta del río que iba a verter sus aguas en la rada. Y bajo sus mismos pies se extendía un hermoso jardín lleno de árboles, de parterres, de alamedas, de estanques, de surtidores y de estatuas. Una amplia escalinata conducía desde el palacio al jardín. Por esta escalinata, mientras Adolfo permanecía apoyado en el antepecho de la galería, vio descender a la princesa Flavia.

Verla, y buscar con los ojos el sitio por donde podría bajar para reunirse con ella, fue instantáneo en Adolfo. Entonces descubrió una escalera, evidentemente utilizada por el servicio, que descendía desde la galería al peristilo inferior. Adolfo bajó por ella, se deslizó por entre las columnas y alcanzó la escalinata que bajaba hasta el jardín. Frente a él, las espaldas de Flavia se perdían bajo la umbría floresta. Adolfo la alcanzó.

—¡Hola, princesa!

Flavia se volvió, dedicándole la más luminosa de sus sonrisas.

—¡Oh, Adolfo! Creí que descansaba usted.

—Me desperté y no pude volver a dormirme. Este calor me aniquila.

—Tal vez en su país no hace tanto calor —insinuó la joven.

—No. En *Valera* no hace este calor. También allí tenemos un sol que brilla en un día eterno. Pero es un sol artificial. Nosotros lo construimos, ¿sabe? Es como una gigantesca lámpara que nosotros encendemos o apagamos a voluntad. Cuando el calor aprieta, damos vuelta a un conmutador y ¡zas!, nuestro sol deja de freírnos con sus ardorosos rayos.

—¡Un sol artificial! —exclamó Flavia abriendo los ojos de par en par—. ¿Y lo hicisteis vosotros?

—¡Seguro!

—¡Cuánto lamento no haber podido asistir a la comida! Néstor y Belos han venido relatando cosas maravillosas. ¿Es verdad que en vuestro mundo el Sol se esconde por detrás de la Tierra y entonces viene una oscuridad que se llama noche?

—Sí, cierto es. Los planetas al girar sobre su eje presentan al Sol una sola cara. Allí es de día. En la cara opuesta es de noche. Entonces, si ese planeta tiene un satélite girando a su alrededor, como el satélite está más lejos e iluminado por el Sol, brilla en mitad de la noche como una manzana de plata. Más lejos todavía se ven brillar las estrellas, que son mundos enormemente lejanos y los vemos desde donde nosotros estamos como cabecitas de alfileres.

—¡Qué hermoso debe ser! —exclamó Flavia juntando sus manos.

—Sí, es muy hermoso —murmuró Adolfo con tristeza—. Uno lo comprende mejor cuando está próximo a perderlo, como es mi caso.

—¿Qué quieres decir?

—Solamente que temo no poder regresar jamás a mi mundo. Vuestro dios Haakón no me dejará salir de Raab…

—Haakón solamente quiere haceros algunas preguntas —aseguró Flavia—. Aquila le ha referido las maravillas que vosotros contáis y él ha demostrado mucho interés.

—¿Quién? ¿Haakón?

—Haakón, naturalmente. Mi padre ha hablado con él mientras vosotros dormíais.

Una serpiente de cascabel surgiendo del césped a los mismos pies de Adolfo no hubiera hecho saltar a éste con mayor sobresalto.

—¡Cómo! ¿Pero es que Haakón está aquí? —dijo.

—No —sonrió la muchacha—. Aquila habla con el dios por medio de un espejo encantado. Es una caja que tiene en medio un recuadro de cristal. Cuando Aquila quiere comunicar con su todopoderoso padre no tiene más que hacer girar un botón. Entonces, ¡plaf!, aparece en el espejo la cara de algún criado de Haakón. Aquila le dice al criado que llame a su padre. Haakón viene, se asoma al espejo, escucha lo que Aquila tiene que decirle y contesta con voz muy fuerte…

—¡Cáspita! —chilló Adolfo dando un respingo—. ¡Eso no es un espejo mágico, sino un maldito y vulgar aparato de televisión!

—Es un espejo encantado —aseguró Flavia muy seria.

Adolfo Castillo no contestó en seguida. Sintióse bañado de un sudor frío.

—¡De manera que Haakón se comunica con sus reyezuelos por medio de la TV! —murmuró entre dientes. Y volviéndose hacia Flavia, que no le quitaba ojo de encima, preguntó en voz alta—: ¿Sabes lo que dijo Haakón?

—Sí. Ordenó a Aquila que os retuviera aquí hasta que llegara la nave celestial que él iba a mandar en vuestra busca. Creo que quiere llevaros a Olimpia, la ciudad que flota sobre una nube, para que le refiráis todas esas cosas tan preciosas que acabas de contarme.

—Creo haberte oído decir alguna vez que los que son llamados a Olimpia no regresan nunca.

—Cierto. Pero eso no cuenta con vosotros, sino solamente con los reyes que ya son demasiado viejos para gobernar.

—Temo que esta vez vaya también para nosotros, Flavia. Lo que nosotros tenemos que contar es demasiado terrible para Haakón. Nos cargará a preguntas, tal vez nos torturará hasta arrancarnos toda la verdad. Y cuando conozca los propósitos del pueblo redentor, cuando sepa que somos mil millones de almas que traen consigo su propia cultura, sus propias leyes y su propio Dios, cuando sepa que solamente mis tres compañeros y yo conocemos la ruta que conduce a Raab… ¡Nos matará!

—¡No! —gritó Flavia—. ¡No quiero que te maten!

—Pues es lo que ocurrirá —refunfuñó Adolfo—. Solamente tu padre podría salvarnos permitiéndonos volver al sitio donde

dejamos oculta nuestra aeronave. Pero no lo hará. Haakón es su padre y su dios, y si le ha ordenado que nos retenga aquí cumplirá el mandato a rajatabla. ¿Verdad que sí?

—Mi padre no puede desobedecer a Haakón —gimió Flavia retorciéndose las manos.

—Entonces moriremos. Vuestro dios nos matará porque sabe que si mi pueblo entra en Raab destruiremos el mito de su divinidad.

—¡Oh, no! —sollozó Flavia.

Adolfo Castillo la miró largamente.

—Tú puedes ayudarnos, Flavia —dijo con acento que casi parecía una acusación.

—Pero, ¿cómo? Bien quisiera poder hacerlo, mas entonces la cólera de Haakón caería sobre mí, sobre mi padre y sobre mis hermanos. Además, es imposible que escapéis si él quiere reteneros. Su mirada llega a todas partes. Sus oídos escuchan todo lo que se habla en el mundo… ¡No, no podréis escapar!

—Podremos escapar si alguien nos ayuda a trasponer estas murallas y el cordón de centinelas —aseguró Adolfo. Y asiendo a la princesa de una mano se la apretó con fuerza diciendo—: Escucha, Flavia. El poder de Haakón no es infinito. Su mirada, su voz y su oído sólo llega hasta donde tiene situados eso que tú llamas "espejo mágico". No hay nada sobrenatural en esa caja que contiene el cristal encantado. Se trata de un vulgar aparato de televisión. En mi nación los tenemos por millones. Cualquier hombre o mujer posee uno de esos espejos mágicos y puede hablar a través de ellos con sus amigos o sus familiares por lejos que estén.

Flavia contempló al valerano con mirada incrédula.

—Lo mismo ocurre con lo que vosotros llamáis "carrozas poseídas del espíritu de Haakón". En las ciudades de *Valera*, esas carrozas son tan numerosas que llenan todas las calles de acera a acera. Ninguna fuerza sobrenatural las mueve. Nosotros hemos domado las fuerzas de la Naturaleza y las hemos aplicados a multitud de máquinas para que éstas trabajen a nuestras órdenes. La divinidad de Haakón se apoya sobre hechos que nosotros consideramos vulgares en nuestra vida cotidiana. Señálame cualquier maravilla realizada por vuestro dios, y yo te diré cómo pudo llevarla cabo.

—Haakón vive en una ciudad que flota en el aire sobre una nube

—dijo Flavia con voz de desafío.

Adolfo Castillo soltó una larga carcajada.

—¿Es muy grande esa ciudad? ¿Qué forma tiene?

—Es muy grande. Lo menos mide veinte kilómetros de diámetro y tiene forma circular. La nube que la sostiene es como una gran bandeja de metal.

—No me digas más —sonrió Adolfo—. Olimpia, la ciudad de Haakón, está construida sobre un disco volante. Nosotros tenemos un ejército que usa quinientos discos volantes como los de Haakón. No hemos construido ciudades sobre ellos porque sería una solemne tontería, pero podríamos hacerlo si quisiéramos.

—¿Tenéis vosotros nubes tan grandes y tan fuertes como la que soporta a Olimpia?

—¡Oh, seguro! —rió el valerano.

La princesa se mordió el gordezuelo labio inferior.

—Haakón posee un rayo azul que lo destruye todo…

—Todo no —enmendó Adolfo—. Los rayos “Z” de Haakón son viejos entre nosotros. Desintegran instantáneamente el hierro, el acero y cualquier metal que toquen. Pero no rompen la roca, la madera… ni el vidrio. Por esta última razón nuestros soldados utilizan armaduras y fusiles enteramente de cristal.

—¿Quieres decir que vosotros también sois dueños del rayo azul? —preguntó Flavia incrédula.

—Tenemos todo lo que pueda tener Haakón. Y es natural que sea así porque, al fin y al cabo, todas las máquinas que utiliza vuestro dios para deslumbraros son de procedencia redentora.

La princesa Flavia quedó unos momentos silenciosa y pensativa.

—Tú me engañas, Adolfo —dijo con acento contrito—. Hay cosas que sólo Haakón puede hacer… y sólo él las hace. Desde Olimpia puede destruir cualquiera de nuestras ciudades, o todo el mundo si quiere, con un trueno.

—Sí —repuso Adolfo—. Con una bomba atómica. Eso que tú llamas trueno es lo que los hombres de otros mundos utilizan cada día para hacerse la guerra.

—Entonces… ¿también vosotros sois dioses?

—No, Flavia. Nosotros somos hombres mortales, como Haakón.

—¡Pero Haakón es inmortal! —exclamó la joven.

—Te equivocas, princesa. Haakón es un hombre como nosotros.

—¡No, no! —insistió Flavia—. Haakón es inmortal. Cambia de personalidad de vez en cuando, eso es cierto, pero su espíritu es siempre el mismo.

—Querrás decir que su divinidad se transfiere de padres a hijos.

—No. Haakón es siempre el mismo. Cuando su cuerpo envejece, Haakón busca un cuerpo nuevo, bello y joven y traslada a él su espíritu. Entonces, el dios vuelve a tomar esposa, y sus nuevos hijos vienen a sustituir en los tronos de los diferentes reinos a los monarcas ya viejos. Así ha venido ocurriendo desde el principio del mundo.

—¿Estás segura? —preguntó Adolfo palideciendo.

—¡Oh, sí! —aseguró la joven—. Hace muy poco tiempo que Haakón cambió de cuerpo. Hubieron grandes fiestas con este motivo, y todos los reyes fueron invitados, a ir a Olimpia para presenciar el milagro. La mejor prueba de que era en verdad el espíritu de Haakón quien habitaba en el nuevo cuerpo fue que llamó uno por uno a sus hijos y les habló recordándoles cosas que éstos ya casi tenían olvidadas…

Adolfo Castillo sintió cómo un estremecimiento de frío le recorría la espalda.

—¿Qué dices a esto, extranjero? —interrogó Flavia desafiante.

—Sólo puedo decirte una cosa, Flavia. Te equivocas. O si es verdad cuanto dices, ese Haakón erigido en dios posee la maldad de Satanás. Es posible cambiar el cerebro de un cuerpo a otro. Nuestra cirugía hace siglos que conoce el procedimiento. Un hombre podría vivir quizás hasta tres mil años si al llegar a viejo y perder energías hiciera trasladar su cerebro al cuerpo de un hombre joven previo vaciado de la cabeza de éste. Pero tal práctica no se utilizó nunca entre nosotros, ni siquiera para prolongar la vida de aquellos de nuestros caudillos que más amábamos. Es un experimento que repugna a la conciencia cristiana de nuestro pueblo. Siempre que hemos podido, luchamos contra la muerte estudiando una alimentación adecuada, descubriendo sueros regeneradores de los tejidos celulares e incluso cambiando órganos defectuosos por otros que hemos extraído de algunos animales. Pero jamás osamos desafiar los designios del Creador poniendo el cerebro de un hombre viejo en el cuerpo de otro joven. Tal práctica es antinatural, criminal… repulsiva.

Adolfo Castillo se interrumpió para recobrar el aliento. Luego prosiguió:

—Sin embargo, puede hacerse; y si ese Haakón tiene consigo cirujanos expertos, es posible que haya realizado el prodigio de vivir muchos siglos… Tal vez desde que un grupo de exilados redentores penetró en Raab huyendo de los hombres de silicio. Esto explicaría el por qué, teniendo medios para hacerlo, los redentores permitieron que este mundo continuara en la ignorancia y la indigencia…

Flavia contemplaba a Adolfo con pupilas dilatadas de asombro. Evidentemente, no entendía nada o comprendía muy poco de cuanto el valerano decía.

—Ya ves, Flavia, como incluso la supuesta inmortalidad de Haakón es un mito. Su cuerpo murió hace de ello unos mil trescientos años. Es su diabólico cerebro quien continúa existiendo. Y esa mentalidad tiene que ser destruida. Tú tienes que ayudarnos a escapar para que nosotros podamos volver con nuestro pueblo y regresar al frente del ejército que aniquilará al falso dios y a su imperio de terror. Las puertas de Raab deben abrirse a la civilización y al progreso. Pero solamente mis compañeros y yo podemos abrir esas puertas, porque solamente nosotros conocemos la ruta que conduce aquí. ¿Comprendes?

Adolfo estrujó entre las suyas la manita de la joven como si quisiera comunicarle su fe y su esperanza a través de la piel. Flavia vacilaba. Adolfo la veía luchar contra sus atavismos y sus arraigadas creencias. Finalmente, las verdes pupilas de la princesa se iluminaron de decisión. Su tibia mano apretó las de Adolfo y alzó la cabeza en un gesto de rebeldía.

—Te creo, Adolfo. No sé por qué tengo confianza en ti. Desde que tuve uso de razón me han enseñado a respetar y temer a Haakón. Sin embargo, ahora siento dentro de mí la certeza de que Haakón, con todo su poder, caerá vencido a tus pies. Sí, yo te ayudaré a escapar. Pero quiero que me lleves contigo.

—Vendrás si tú lo quieres —prometió Adolfo sintiéndose inundado de inefable gozo—. Pero debemos escapar en seguida, antes que llegue esa aeronave que Haakón ha enviado en nuestra busca.

—Ve a buscar a tus amigos y bajad por la escalera de servicio

hasta el peristilo. Yo iré mientras tanto en busca de la carroza y hablaré con mi padre pidiéndole que nos deje salir para dar un paseo por los alrededores de la ciudad.

—¿Es absolutamente preciso que tu padre dé el consentimiento?

—Sí. Dio orden a la guardia para que no os dejara salir de palacio bajo ningún pretexto, y sólo él puede revocar su propia orden.

—Si es así temo que no nos permita salir de palacio. ¿No podríamos escapar utilizando otros medios?

—No sé… —murmuró Flavia. Y tras una breve pausa añadió con firme decisión—: Ve por tus compañeros y haz lo que te he dicho. Si Aquila deniega mi petición idearemos otro medio para escapar.

Los dos jóvenes volvieron rápidamente sobre sus pasos. Al llegar a la escalinata de acceso a palacio se separaron. Adolfo volvió a deslizarse entre las columnas del peristilo y subió por la escalera de servicio hasta la galería.

Entró en la habitación de don Raimundo Castillo. El sabio estaba recostado en su lecho con la barbilla sobre la palma de una mano y los ojos fijos pensativamente en los mosaicos del piso. La irrupción de su ayudante le sobresaltó. Adolfo le explicó brevemente la conversación que acababa de sostener con Flavia.

Don Raimundo palideció al oír decir a Adolfo que Haakón era posiblemente uno de los primeros redentores que consiguiera llegar a Raab, y sus ojos se iluminaron de esperanza al escuchar de labios de Adolfo el plan de fuga que Flavia estaba dispuesta a secundar.

—¡Pronto! —gritó saltando en pie—. ¡Vaya a llamar al capitán Aznar mientras yo despierto a mi hija! No es necesario que se entretenga explicándole de qué se trata.

Adolfo salió del aposento del sabio para entrar como un torbellino en la alcoba de Gregorio Aznar. El capitán roncaba estrepitosamente cuando Adolfo le sacudió con violencia por un hombro. El capitán abrió los ojos y pegó un brinco que le puso derecho sobre la cama:

—¡Rayos y truenos! —barbotó—. ¿Qué mil diablos ocurre?

—Vístase en un segundo y sígame.

—¿Adónde?

—No perdamos tiempo. Haakón ha mandado una aeronave en nuestra busca y estarán aquí de un momento a otro. He convencido

a la princesa Flavia para que nos ayude a fugarnos y vamos a intentarlo.

Gregorio Aznar se puso las botas, tomó la guerrera y se lanzó hacia la galería en pos de Adolfo. Don Raimundo y Aurora estaban ya allí mirando hacia un punto del cielo.

—¡Vamos! —gritó Adolfo.

El profesor Castillo volvió hacia la joven sus ojos llenos de tristeza.

—Es tarde —dijo. Y señalando hacia un punto que brillaba en el cielo añadió—: Ahí llega la aeronave de Haakón.

Adolfo Castillo siguió con la mirada la dirección que señalaba don Raimundo y vio un destructor sideral en forma de tiburón que se aproximaba a tremenda velocidad envuelto en un silencio impresionante. Lágrimas de rabia e impotencia se agolparon en sus ojos mientras oía una sonora maldición del capitán Aznar. El destructor redujo su velocidad al llegar sobre el puerto y dirigirse hacia la acrópolis. De pronto, un cuádruple chorro de objetos brillantes se desprendieron de la quilla del aparato y cayeron hacia tierra. En el primer instante Adolfo creyó que se trataba de una rociada de bombas. Pero no eran bombas, sino soldados de infantería aérea vestidos enteramente de cristal, provistos de "back" y armados de pequeños fusiles ametralladores.

La tropa frenó la vertiginosa velocidad de su caída y voló formando un denso enjambre hacia palacio. En este momento, la princesa Flavia aparecía en el peristilo y hacía desesperadas señas a los valeranos para que bajaran. No existía ya ni la menor esperanza de salvación, mas a pesar de ello los valeranos se precipitaron escaleras abajo llegando junto a la muchacha. Ésta todavía no había visto a los hombres volantes.

—¡Lo conseguí! —dijo muy excitada—. Aquila os deja marchar a condición de que nos llevéis a todos con vosotros: a Néstor, a Belos…

—Ya es imposible, Flavia —suspiró Adolfo señalando al cielo.

En este instante, las tropas de infantería aérea envolvían al palacio y entraban en él por puertas y ventanas. Un grupo de estos hombres vestidos de vidrio descendió hasta el peristilo y cayó sobre los valeranos como un enjambre de furiosas avispas. Adolfo y sus compañeros no pudieron hacer el menor movimiento de resistencia.

En un abrir y cerrar de ojos se vieron rodeados de aquella gente, empujados, esposados y bajo la amenaza de un círculo de ametralladoras.

CAPÍTULO VII

LA MORADA DE LOS DIOSES

HACÍA cuatro horas, según el cómputo de sus relojes terrestres, que se hallaban a bordo de la aeronave. Inmediatamente después de ser esposados, el destructor sideral, idéntico en forma y tamaño a los buques de su mismo tipo que integraban a la Armada Sideral redentora, descendió hasta que su quilla aplastó los arbustos del jardín y tomó a bordo a los cuatro infortunados valeranos.

Encerrados inmediatamente en un estrecho camarote, los valeranos llevaban todo este tiempo tratando de adivinar lo que el dios Haakón haría con ellos.

Adolfo Castillo, convencido de que el falso dios era un superviviente de la colonia redentora aniquilada por los hombres de silicio, se afirmaba en su idea de que serian inmediatamente condenados y ajusticiados.

—¡Hombre, Adolfo! —protestaba Gregorio Aznar—. No sea usted tan pesimista, caramba. ¿Qué sabe esa inocente Flavia? La divinidad de Haakón podría también ser hereditaria, sin que mediara esa macabra operación de cambiar los cerebros. Es natural que a esa familia de farsantes les convenga sostener la fábula de que el inmutable espíritu de Haakón encarna en otros cuerpos.

—Estoy seguro de que la mentalidad de Haakón presente es la misma que hace catorce siglos terrestres concibió la idea de erigirse en dios y tirano de la humanidad que, sin duda, habitaba ya en el interior hueco de Solima —decía Adolfo.

Al cabo de aquellas cuatro horas de total aislamiento, el capitán Gregorio Aznar creyó adivinar que estaban aterrizando. El comandante del *Filipinas*, con su instinto de aviador, había acertado.

Unos minutos más tarde, la puerta del camarote se abría dejando entrar a tres hombres provistos de armaduras de vidrio azulado con sus correspondientes escafandras.

—¡Vamos, salgan! —ordenó el que parecía ser el capitán de las tropas aéreas.

Los valeranos siguieron dócilmente al oficial por un largo corredor y a través de varias escalerillas que finalmente les condujeron a una abertura circular, a través de la cual se veía el verde brillante de la alfombra de césped. Al saltar del destructor a tierra, los valeranos se vieron en una especie de explanada en la cual se veían media docena de otros destructores siderales, hasta una veintena de grandes esferas de dedona, idénticas a las que el ejército valerano utilizaba como blindados, y cuatro automóviles eléctricos que centelleaban a la luz del sol.

Tanto los destructores como los blindados de dedona nunca se apoyaban en el piso porque si se les dejaba sin energía eléctrica recobraban todo su formidable peso. Una débil corriente eléctrica los sostenía a poca altura, y en el espacio que los rodeaba debía haber una invisible fuerza energeléctrica en forma de ondas, puesto que tanto las esferas como las aeronaves flotaban sobre la explanada a sólo medio metro del suelo.

Mientras eran conducidos hacia los automóviles, Adolfo vio en la distancia, sobre los árboles de un bosque, la cima de una colina en la cual se levantaba un Partenón que, a primera vista, le pareció el mismo que se elevaba en el centro de Signé. Pero no estaba en Signé. Más allá de la explanada donde vinieran a aterrizar, la tierra se interrumpía como el filo de un profundo acantilado. Esto, y la ausencia de panorama hacia aquel lado, hicieron comprender a Adolfo que se encontraba en la isla aérea donde tenía su morada el dios Haakón.

—¡A los coches!

Adolfo se vio llevado en volandas hasta uno de los automóviles y metido a empujones dentro de la cabina. Le arrojaron sobre el asiento posterior, tapizado de cuero rojo. Junto a él cayó Aurora Castillo. Dos hombres vestidos de vidrio desplegaron las banquetas y tomaron asiento frente a ellos. Otro hombre tomó asiento junto al conductor. Cerráronse las portezuelas con un leve chasquido.

Mirando por la ventanilla. Adolfo pudo ver las cabezas del

profesor y del capitán Aznar tras los cristales de otro coche. En este momento, la princesa Flavia, Aquila y los hijos de éste, Néstor y Belos, saltaban del destructor a tierra y eran conducidos hacia los otros dos automóviles por las tropas de infantería aérea. La presencia de Flavia y su familia aquí asombró y asustó al mismo tiempo a Adolfo. ¿Qué podría querer de ellos aquel misterioso Haakón?

El automóvil se puso en marcha, viró y enfiló una amplia carretera construida con grandes losas de granito. Aturdido y no poco asustado, Adolfo volvió la cabeza para mirar el paisaje que desfilaba ante sus ojos. Los hombres que edificaron a Olimpia debieron empezar por cubrir toda la superficie del enorme disco volante con una capa de tierra de varios metros de espesor. En esta tierra fértil y en una atmósfera de invernadero había arraigado una exuberante vegetación que hacía del viejo transporte de tropas redentor una espléndida isla de verdor.

La carretera embaldosada discurría entre bosquecillos de frondosos árboles y dilatados y floridos jardines. A derecha e izquierda arrancaban otros caminos alamedados, cubiertos de grava y flanqueados de bellísimas estatuas de mármol. Estos caminillos debían conducir a las “quintas”, cuyas fachadas se columbraban fugazmente entre la floresta. La marcha silenciosa del automóvil eléctrico permitía a sus ocupantes oír de vez en cuando los gritos y las risas de algunos grupos de gentes que correteaban entre la espesura o se zambullían en las marmóreas piscinas brevemente entrevistas por los viajeros.

El camino no era largo. El automóvil entró en los arrabales de la ciudad. Una mentalidad profundamente preocupada por el aspecto exterior de las cosas parecía haber dispuesto la especial distribución y arquitectura incluso de las casas más humildes. El bienestar, la felicidad y la molicie que parecían flotar en la caliginosa atmósfera no estaban equitativamente distribuidas entre todos los pobladores de la isla aérea. Vieron hombres reparando un canal de riego, mujeres vestidas con suma sobriedad que llevaban sobre sus cabezas cestos repletos de frutas, viejas carretas tiradas por caballos unicornios de gran alzada y albañiles medio desnudos que revestían de grandes y pesados bloques de granito un equipo elevador de agua para un depósito situado en una eminencia.

El automóvil pasó bajo un arco triunfal y rodó por el centro de una grandiosa avenida flanqueada por un interminable pórtico de columnas. Aquí y allá suntuosos palacios de mármol, monumentos, fuentes y estatuas de innegable belleza. Las gentes que transitaban por las calles vestían como las de Signé, pero el tráfico era mucho mayor y más ostentoso. Gran número de carros ligeros, tirados por cuatro caballos uncidos de frente y formando lo que los romanos llamaban una cuadriga, pasaban arriba y abajo con gran estrépito. En notable contradicción con la antigüedad de los edificios y el primitivismo de los carros, desfilaban también buen número de automóviles eléctricos, cuyas carrocerías, enteramente de cristal, centelleaban al sol.

La vía llevaba en línea recta hacia una colina que se levantaba en el centro geográfico de la isla aérea. Pero los automóviles no treparon por el sinuoso camino que serpenteaba por la falda de la prominencia hasta el suntuoso Partenón de mármol blanco que se erigía en la cima, sino que se introdujeron por una zanja que fue a parar a un túnel brillantemente iluminado con luces eléctricas fluorescentes.

El suelo del túnel descendió una breve rampa y los automóviles rodaron sobre un piso de extraordinaria tersura. Adolfo adivinó que se deslizaban por la que antes fue “cubierta de vuelos”, sobre la cual se acumulaba una capa de varios metros de tierra. El túnel estaba abovedado hasta una plaza subterránea que, según supuso Adolfo, se hallaba exactamente debajo del suntuoso Partenón. La caravana se detuvo allí y los pasajeros fueron obligados a echar pie a tierra.

Los ojos de Adolfo volviéronse llenos de ansiedad hacia los dos automóviles que conducían a la familia real de Signé. La hermosa faz de la princesa Flavia estaba muy pálida cuando se apeó del coche. Sus incomparables pupilas buscaron llenas de temor las de Adolfo.

—No temas, muchacha —trató de transmitir Adolfo en su mensaje telepático—. Haakón no se atreverá a tocar uno solo de tus cabellos. ¡Ay de él si lo hiciera!

Pero la verdad era que Haakón podía hacerlo impunemente. Adolfo sintióse avergonzado por su impotencia y apartó los ojos de Flavia posándolos sobre la figura de Aquila, que descendía en pos

de su hija. El reyezuelo tenía la piel lívida. Su túnica dorada perdía bajo los focos eléctricos toda la majestuosa prestancia que adquiría en el pintoresco marco de su palacio romano. Belos y Néstor descendieron también del último automóvil. Llevaban las manos libres y conservaban sus anchas y cortas espadas. Sus ojos miraban desconfiados a las siniestras figuras vestidas de vidrio de pies a cabeza.

Seguidos de una pequeña escolta, Aquila y los príncipes desaparecieron por un túnel. Los valeranos aguardaron unos momentos. Luego fueron empujados hasta el mismo corredor por el cual se introdujera Flavia con su padre y sus hermanos. Éste les condujo hasta el interior de una gigantesca cúpula de metal de la que arrancaban media docena de ascensores. Prácticamente estaban ya dentro del disco volante. Por estos montacargas y esta cúpula podían salir los tripulantes de la máquina hasta la cubierta de vuelos.

Uno de los ascensores descendía llevando a la familia real de Signé cuando los valeranos entraban en la cúpula. Cuatro hombres vestidos de vidrio les empujaron hasta la cabina de otro ascensor. La puerta se cerró automáticamente y la plataforma descendió vertiginosamente. Cuando se detuvo y se abrió la puerta de la cabina estaban en alguno de los cien pisos en que estaba dividido cada disco volante. La futilidad de aquella grotesca ciudad erigida sobre el disco volador era tanto más patente cuando se pensaba que el disco, con sus quince kilómetros de diámetro y sus cien espaciosas plantas, podía albergar cómodamente varias ciudades como Olimpia, con considerables ventajas en cuanto a espacio, salubridad, comodidad y clima acondicionado.

Los valeranos pisaban ahora lugares que les eran bien conocidos. Un disco volador se parecía a todos los demás como una gota de agua a otra. Los corredores se entrecruzaban formando un dédalo de calles, sobre las que se abrían puertas y más puertas. Los techos, la cubierta y las paredes eran de cristal opaco. A distancias regulares, los pasillos estaban cortados por sólidos mamparos provistos de puertas estancas con cierre de presión, exactamente igual que un buque de guerra del siglo XX.

Aquí, la fría lisura del piso había sido ahogada con gruesas alfombras que amortiguaban el rumor de los pasos. Por los rincones

se veían tiestos con plantas y, siempre que quedaba espacio para ello, una escultura erguía sus desnudeces de mármol bajo la cegadora luz de los focos eléctricos. En general, el interior del disco volante daba la impresión de un lobo al que se hubiera echado por encima una piel de carnero. Era una máquina construida para la guerra, más alguien había intentado vanamente enmascarar la aridez de su estructura con detalles lujosos y superfluos.

La comitiva se detuvo ante una puerta junto a la cual montaban guardia dos gigantescos soldados provistos de coturnos, empenachados, pesados escudos y agresivas lanzas. Las puertas se abrieron y los prisioneros pasaron a un espacioso vestíbulo donde todos los muebles eran de estilo romano. De las paredes colgaban grandes tapices. En el centro, sobre el piso de mosaico, gorgoteaba un surtidor que caía en una gran taza de mármol. Al fondo se veía un cortinaje que debía ocultar una puerta de dos hojas. Allí había otros dos centinelas de gran estatura y un centurión adornado con profusión de cordones.

En los discos volantes de la Armada Sideral redentora estos apartamentos solían estar ocupados por el comandante de la nave. Aquí debía ser el propio dios Haakón quien los disfrutaba, a juzgar por las palabras que cambiaron el centurión y el oficial de las tropas aéreas que habían traído a los valeranos desde Signé.

—¿Son estos los prisioneros?

—Sí. Avisa al gran Haakón que están aquí.

En alguna parte del vestíbulo debía haber oculto el objetivo de una cámara de televisión, por medio del cual podía ver el gran Haakón lo que ocurría en la sala. Y también un micrófono y un altavoz, pues apenas acababan de ser introducidos los valeranos cuando se escuchó una voz metálica que decía:

—Hazlos pasar, Lisipo.

El centurión hizo una seña a los prisioneros para que le siguieran. Éstos no se hicieron repetir la orden. Al margen de la incertidumbre sobre cuál sería su destino, les dominaba en estos instantes la más viva curiosidad por ver al hombre que, en calidad de dios omnipotente y omnipresente, reinaba sobre todos los cielos, todos los mares, todas las tierras y todas las criaturas de Raab.

Los soldados apartaron las cortinas para dejarles pasar. Los valeranos se vieron en una habitación ancha y profunda, al fondo

de la cual, bajo un dosel se levantaba el más fastuoso trono que soberano alguno pudiera ambicionar. El hombre reclinado en el trono era muy joven. Aparentaba unos veinte años a lo sumo y poseía una extraordinaria belleza, tanto en el rostro como en el bien formado cuerpo que se adivinaba bajo los pliegues de una túnica de un verde suave.

Sólo el centurión llamado Lisipo acompañó a los prisioneros a lo largo de la habitación desprovista de muebles. El joven, sentado bajo el dosel, sonreía mostrando una doble hilera de blancos y fuertes dientes. La sonrisa de aquella boca fresca poseía una inocencia que contrastaba violentamente con la astucia que centelleaba en sus ojos negros. Adolfo Castillo adivinó tras la amplia frente una inteligencia sobrehumanamente despierta, y esto le produjo un escalofrío a lo largo de su espina dorsal. Aunque el hombre no tuviera más de veinte años, la maldad que asomaba por sus ojos parecía tener toda la edad del viejo y curtido Satanás.

Los cuatro valeranos avanzaron lentamente sobre la amplia alfombra y se detuvieron con el aliento en suspenso ante aquel hombre que les miraba sin dejar de reír.

—Estos son los prisioneros que el capitán Midas trajo de Signé, serenísimo señor —dijo Lisipo haciendo una profunda reverencia.

—Muy bien, retírate —ordenó el apolo moreno con imperio.

Lisipo retrocedió un buen trecho de espaldas, luego giró sobre sus talones y desapareció tras las cortinas. El joven que ocupaba el trono sonrió de nuevo y Adolfo Castillo empezó a tragar saliva con dificultad.

—¿Sois vosotros los que presumís de llegar de un lejano mundo? —preguntó lentamente con tonillo burlón.

Los valeranos se miraron unos a otros vacilando, indecisos.

—¡Es inútil que tratéis de negarlo ahora! —rugió el joven con súbita cólera, descargando sus puños sobre los brazos del sillón y echando el busto hacia adelante para fulminar a los viajeros con la mirada—. ¡Mis ojos ven todo lo que ocurre en Raab… mis oídos perciben hasta el rumor de las hojas que mueve el viento en los rincones más remotos de mi reino! ¡Os oí decirlo mientras ibais en el automóvil de Flavia hacia Signé! ¡Os oí hablando con Aquila en su despacho!…

Los valeranos no se sobresaltaron demasiado. En todo caso,

lamentaron haber desdeñado la omnipresencia de Haakón, ya que esta era fácil de lograr con sólo distribuir cierto número de aparatos de radio y televisión por los lugares más estratégicos de Raab.

—Bien —repuso el profesor Castillo muy pálido, pero sereno—. Si lo sabes, ¿por qué lo preguntas? Sí, nosotros somos los que tú buscas.

—¿El señor es, sin duda, ese farsante que se hace pasar por un dios, no es cierto? —preguntó a su vez Gregorio Aznar despectivamente.

—Sí, yo soy el gran Haakón.

—No tratará de deslumbrarnos a nosotros con las palpables pruebas de su omnipotencia, ¿verdad? —volvió a preguntar el capitán Aznar—. El truco de poner micrófonos y hasta cámaras de televisión en las habitaciones ajenas no es nuevo de ayer.

—No os he hecho traer aquí para contestar a vuestras preguntas, sino para que vosotros respondáis a las mías —contestó Haakón con altanería. Y tras una corta pausa, durante la cual hizo centellear sus pupilas, el dios preguntó—: ¿Es cierto lo que decís? ¿Procedéis vosotros de la Tierra?

—Sí —repuso don Raimundo calmosamente—. El autoplaneta *Valera* acaba de regresar a Redención.

Haakón hizo una violenta mueca. Se echó hacia atrás recostándose en su poltrona y entornó pensativamente los párpados.

—Al señor no parece haberle gustado demasiado la noticia —dijo Gregorio Aznar volviéndose hacia el profesor.

Haakón abrió los ojos y miró fijamente a don Raimundo.

—Es inútil que tratéis de engañarme —dijo con voz sibilante—. Yo sabré arrancaros la verdad con mis medios.

—Esa es la pura verdad —repuso don Raimundo serenamente—. *Valera* acaba de regresar de la Tierra y se halla a la vista de Redención… y de Solima.

—¿Cómo habéis llegado hasta Raab? —interrogó Haakón apretando con fuerza los puños. Y alzando la voz gritó furioso—: ¡Decid! ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Fue muy sencillo. Utilizando un hidrostato. Si hubiéramos sabido que el túnel submarino era tan ancho, hubiéramos venido con un crucero sideral… mas no importa. Otros buques de la Armada valerana vendrán tras nosotros… tal vez están ya aquí

dentro.

—¡Mentira! —chilló Haakón palideciendo—. ¡Ningún buque sideral ha penetrado en Raab! Nuestro radar lo hubiera descubierto. Decid sencillamente que descubristeis la ruta que lleva a este mundo por pura casualidad, de la misma forma que la descubrí yo hace mil trescientos años.

—¡Hace mil trescientos años! —repitió don Raimundo—. ¿Quieres decir que fuiste tú mismo quien descubrió este mundo?

—Sí, yo mismo —aseguró Haakón con cierto orgullo.

Adolfo Castillo sintió diluirse todas sus débiles esperanzas.

—¡Luego has sobrevivido a todos estos siglos! —exclamó don Raimundo.

Haakón soltó una histérica carcajada.

—¿Queréis decir que os asombra? —preguntó.

—No. No nos sorprende. Sabemos la forma en que un hombre puede hacer funcionar su cerebro por un tiempo prácticamente ilimitado… Pero nos mantenía la esperanza de que no fueras el monstruo que temíamos.

—Yo he triunfado sobre el Tiempo y la Muerte —dijo Haakón con altanería—. Soy inmortal.

CAPÍTULO VIII

CONDENADOS A MUERTE

HUBO una breve pausa durante la cual, los valeranos, contemplaron al monstruo llenos de asombro, de indignación y de repugnancia a la vez.

—¿Inmortal? —repitió Gregorio Aznar—. ¡Oh, no! ¿Qué has de ser inmortal? Nosotros te colgaremos del pescuezo acabando con tu larga vida. Entre nosotros, la práctica de cambiar de cuerpo los cerebros está penada con la muerte.

—¡Necios! —escupió Haakón lleno de orgullo y desprecio—. ¿Quién será capaz de ponerme una soga al cuello? ¿Vosotros? Vosotros vais a morir inmediatamente…

—No importa —repuso Adolfo, aunque en su interior le seducía poco la perspectiva de morir—. Otros vendrán tras nuestros pasos. El ejército valerano invadirá Raab y barrerá tu orgullo y tu poder como un huracán a una pajuela. ¿Qué van a poder tu único disco volante, tu puñado de vetustos destructores y tus soldados de lanza y escudo, contra dos millones de buques siderales, quinientos discos voladores repletos de tropas automáticas y un autoplaneta atestado de explosivos atómicos con mil millones de seres humanos dispuestos a todo?

—Ese ejército jamás penetrará en Raab —prometió Haakón.

—No podrás impedirlo.

Haakón soltó una corta y nerviosa carcajada.

—Es inútil que tratéis de engañarme —dijo rechinando los dientes—. Nadie conoce siquiera la existencia de este mundo excepto vosotros cuatro. Y vosotros no regresaréis a *Valera* para referir lo que habéis visto. Raab continuará siendo un paraíso

ignorado por los siglos de los siglos.

—Te equivocas —aseguró Adolfo con firmeza—. Raab ya está descubierto. Si los redentores no lo descubrieron antes, fue solamente porque hallándose cómodamente instalados en Redención nunca sintieron la necesidad de buscar y encontrar otro mundo habitable. Pero ahora es distinto. Redención está dominado por los hombres de cristal y hay a bordo de *Valera* mil millones de hombres, de mujeres y niños que necesitan encontrar un mundo para seguir existiendo. La necesidad más imperiosa nos ha conducido a Solima en busca de alimentos…

—Y fue entonces, al explorar sus mares, cuando disteis por casualidad con uno de los túneles que conducen aquí —interrumpió Haakón sonriendo—. Pero existe una sola probabilidad contra mil millones para que otros descubran un camino hacia Raab. Los túneles submarinos que conducen aquí pueden contarse con los dedos de las manos, y los océanos de Solima son inmensos. Solamente si vosotros hubierais anunciado vuestro descubrimiento antes de entrar aquí podrían seguiros otros por el mismo camino. Pero con toda probabilidad no fue así. Lo sabré pronto por medio de la tortura.

—Nuestra confesión jamás te dará la confianza que has perdido —repuso Adolfo sintiéndose por primera vez sobre terreno seguro—. No fue solamente la casualidad quien nos trajo aquí. Descubrimos que la temperatura de los mares de la cara exterior de Solima no correspondía a la que debiera tener dada su lejanía del sol. Entonces dedujimos que existía una fuente interna de calor y adivinamos la presencia de un sol interior. La lógica más elemental nos lo indicaba así, porque este sistema planetario presenta sus mundos interiormente huecos. Redención es un planeta hueco con un sol dentro… ¿Por qué había de ser distinto Solima? No tuvimos más que buscar la procedencia de la corriente que templaba las aguas exteriores de Solima para hallar una de las rutas que conducen a Raab. Y ahora, ¿crees que este mundo fue descubierto por pura casualidad y puede continuar siendo ignorado?

Haakón había palidecido apretando la boca. Respiraba ruidosamente por la nariz haciendo vibrar sus finas aletas. Resultaba evidente que estaba amedrentado, mas así y todo todavía luchaba contra el acoso de los valeranos y su propio error.

—¡No importa! —rugió golpeando los brazos del sillón con sus puños amoratados—. ¡Yo cerraré todos los túneles que comunican este mundo con los océanos exteriores del planeta! ¡Los mares de Solima se helarán y nadie podrá licuarlos de nuevo para buscar las rutas que conducen a Raab!

—No puedes hacerlo —repuso Adolfo.

—¡Claro que puedo! ¡Tengo bastantes explosivos atómicos y gente para cegar esas rutas! —bramó Haakón hecho una furia.

—En tal caso, bien, hazlo. Raab perecerá.

—¿Quién lo destruirá? —chilló el falso dios—. ¿El ejército valerano, tal vez?

—Tú mismo —aseguró Adolfo—. Raab no puede sobrevivir sin los océanos de Solima. Éstos actúan como un colosal refrigerador de Raab, porque el sol que brilla aquí es demasiado ardiente. Si se cerrara toda comunicación con los inmensos océanos de la cara exterior de Solima, el sol de Raab evaporaría toda el agua de estos mares interiores y pereceríais abrasados.

El efecto que las palabras de Adolfo causaron en Haakón fue anonadador. El hombre no podía ser tan ignorante que no comprendiera la solidez científica de los pronósticos del joven profesor de Historia Natural. Estaba lívido. Al ponerse en pie sus carnes temblaban convulsamente bajo la túnica. Sus ojos lanzaban chispas al decir:

—¡Ah, no!… Raab no será invadido nunca… ¡Es mío! Yo lo descubrí y nadie me lo arrebatará. ¡Antes lo aniquilaría con mis propias manos!

Se detuvo para respirar entrecortadamente. La rabia le ahogaba. Las pupilas le brillaban con acuosidad de lágrimas, que un violento fuego interior parecía evaporar antes que rodaran por sus mejillas.

—¡Salid de aquí, malditos! —bramó tendiendo el brazo hacia la puerta—. ¡Apartaos de mi vista, inmundas sabandijas! ¡Lisipo! —llamó a gritos—. ¿Dónde estás, perro?

Los cortinajes que cerraban la entrada fueron apartados con violencia y Lisipo entró espada en mano corriendo hacia los valeranos. Los dos centinelas se quedaron junto a la puerta en actitud indecisa.

—¡Llévate a este canalla! —ordenó Haakón a Lisipo señalando a los valeranos—. ¡Enciérralos en cualquier parte y llama a Olaf!…

¡No, deja! ¡Yo mismo le llamaré!

El centurión puso la punta de su espada sobre el pecho del profesor Castillo e hizo una elocuente seña para que salieran. Mientras tanto, Haakón se inclinaba sobre el brazo derecho de su sillón. Sin duda tenía oculto allí un micrófono por el que empezó a llamar a aquel Olaf. Las cortinas cayeron tras las espaldas de los cuatro prisioneros sofocando las airadas voces con que Haakón reclamaba la presencia de Olaf…

* * *

El cuarto donde los valeranos fueron encerrados era un camarote que catorce siglos atrás debió servir de alojamiento a algún oficial del disco volante. El camarote conservaba intactas su litera, su mesa escritorio, su diván y sus dos confortables sillones. Al fondo había un pequeño cuarto de baño. Los muebles y la decoración eran de puro estilo redentor. Los tapices, las sedas y las esculturas no habían profanado aquel cuarto que tan familiar resultaba a los prisioneros. Éstos, recostados en los sillones y el diván, conversaban lentamente.

—Su advertencia a Haakón de que si cegaba los túneles destruiría a Raab le sentó a nuestro comediante como un puñetazo en el estómago —dijo Gregorio Aznar a Adolfo.

—Fue un detalle científicamente desarrollado en el que yo no había caído —añadió don Raimundo.

—Ni yo —repuso Adolfo—. Pero cuando Haakón dijo que cerraría los túneles se me apareció de repente.

—El amigo Haakón está en un buen aprieto —rió el capitán—. ¿Qué hará ahora?

Durante casi una hora se entretuvieron haciendo conjeturas acerca de cuál sería la reacción de Haakón. Evitaban hablar de sí mismos. Aunque nadie se atrevió a confiar a los demás sus temores, todos coincidían en dar por cierta su muerte en aras de la cólera del falso dios.

Se escucharon los cerrojos al ser descorridos. La puerta se abrió y entró un hombre de unos cuarenta años de edad que vestía una túnica roja festoneada de oro. Entró solo, dejando en el pasillo un par de soldados, y miró uno por uno los rostros de los valeranos.

—Usted —dijo señalando a Aurora Castillo—. Tenga la bondad de seguir a los soldados.

—¿Adónde? —preguntó don Raimundo palideciendo.

El hombre de la túnica no respondió. Hizo una seña a los soldados señalando a Aurora. Los hombres entraron, asieron a la muchacha uno de cada brazo y la arrastraron fuera del camarote entre las protestas y amenazas del profesor. El hombre de la túnica siguió a los soldados hasta la puerta, pero en vez de salir —como todos creían—, cerró y se quedó dentro con los prisioneros.

—Mi nombre es Olaf —dijo—. Haakón me llamó hace una hora para consultar conmigo lo que ocurriría si cegáramos los túneles que comunican los mares de Raab con los de Solima.

—Y usted, ¿qué contestó? —preguntó Adolfo Castillo.

—Pienso como ustedes. Sin el agua fría que nos llega de la superficie del planeta y templa la temperatura de Raab, este mundo no podría existir.

—Justamente —dijo Adolfo—. Y Haakón, ¿qué repuso? ¿Se rinde? ¿Permitirá que el pueblo redentor penetre en Raab?

Olaf movió la cabeza con tristeza.

—No —dijo—. Haakón jamás permitirá que los redentores invadan lo que él considera como exclusivamente suyo. Antes lo destruiría.

—¿Cegando los túneles con explosivos atómicos y haciendo que mueran todos achicharrados aquí dentro? —preguntó Gregorio Aznar.

—¡Oh, no! —protestó Olaf—. La evaporación de los océanos de Raab ejercería una presión tan terrible sobre los escombros que obturaran los túneles, que seguramente los desatascarían otra vez. Y a los redentores siempre les quedaría el recurso de retirar los escombros y recuperar Raab cuando todos aquí dentro hubiéramos muerto… No. Si Haakón ha de perder Raab, lo destruirá en tal forma que nadie pueda disfrutar de él en lo sucesivo. Tenemos a bordo de este disco una bomba “Doble Uve”, ¿comprenden?

—¡Gran Dios! —exclamó Adolfo—. ¿Será capaz de aniquilar la atmósfera y los océanos de este planeta haciendo que sus átomos estallen en una reacción en cadena?

—La maldad de Haakón es infinita. Lo hará, desde luego, si ve perdida su partida. Pero antes apurará todos los recursos para que

las cosas continúen como están. Cree que podrá intimidar a los altos jefes valeranos amenazándoles con destruirlo todo si osan invadir Raab. Para transmitir ese mensaje, la muchacha que he enviado a su presencia será puesta en libertad. Haakón no me ordenó que escogiera precisamente a la muchacha, pero yo he creído que en justicia debía ser ella la que se salvara… porque todos ustedes están condenados a muerte.

—¡Aurora será puesta en libertad! —exclamó el sabio con júbilo.

—Sí. Haakón va a darle un mensaje y a ponerla en libertad luego. El mensaje es breve. Los redentores podrán remediar su escasez de provisiones con la pesca y las algas que contienen los inmensos océanos de Solima. Pero no deben penetrar en Raab. Haakón conoce todos los túneles de comunicación por haberlos explorado y pondrá centinelas a la salida de cada uno de ellos. Si una sola aeronave redentora intenta llegar hasta aquí, habrá sellado con esa simple acción el irremisible fin de Raab. Su atmósfera y sus mares serán destruidos por una espantosa reacción en cadena, y con ello perderán los redentores la única posibilidad de salvación que les queda…

—¿Cómo puede esperar ese canalla que nuestro pueblo acepte un trato tan vergonzoso? —rugió Gregorio Aznar saltando de su asiento.

—No se excite —repuso Olaf gravemente—. La verdad es que los redentores no tienen más remedio que aceptar el trato… Pero pudiera ser que la amenaza de Haakón no se realizara jamás. Para ello espero poder contar con ustedes.

—¡Cómo! ¿Qué dice? —preguntó Adolfo poniéndose en pie rojo de excitación—. ¿Usted… solicita nuestra colaboración?

—Sí —repuso Olaf muy pálido—. La cosa es bien sencilla. Todo consiste en dar muerte a Haakón e inutilizar la bomba “W”.

—¡Pero nosotros estamos esposados y encarcelados!

—Yo les quitaré las esposas y les proveeré de armas. Como contaba de antemano con su aprobación he venido preparado —dijo Olaf metiendo la mano por una abertura de su ancha túnica y sacando tres pistolas automáticas que depositó sobre la escribanía.

—¡Por Santiago! —exclamó Gregorio Aznar pegando un brinco de sorpresa—. ¡Esto debe ser una broma o usted es un ángel bajado del cielo!

—Ni lo uno ni lo otro —repuso Olaf gravemente. Y tras una breve pausa, durante la cual todos le miraron fijamente, añadió—: No quiero que se formen una opinión equivocada de mí. Soy el ser más despreciable de la creación… Mi verdadero nombre es Arturo Segovia. Soy cirujano. Esto les dirá bastante. Sin mí, el contralmirante Josafat Aznar jamás hubiera podido realizar su sueño de inmortalidad.

—¡Cielos…! —murmuró Raimundo—. ¿Ese contralmirante…?

—Es el actual Haakón —afirmó Olaf o Arturo Segovia moviendo la cabeza de arriba abajo—. Josafat mandaba la Segunda Flota redentora cuando los hombres de cristal de Redención irrumpieron sobre la faz de aquel planeta con un ejército cien veces superior al nuestro. Desde que *Valera* zarpó para la Tierra nuestras fuerzas armadas se habían desarrollado muy poco. *Valera* era la única fuente de dedona que se conocía en este mundo y marchó en un viaje que le entretendría como mínimo mil cuatrocientos años. Creo que todos suspirábamos por vivir lo bastante para ver regresar a nuestro formidable autoplaneta trayendo noticias de la humanidad que había quedado en la Tierra cautiva de la Bestia Gris, pero ninguno esperaba vivir tanto. Debió ser en aquel ambiente de nostalgia donde germinó en el cerebro de Josafat Aznar el anhelo de vencer al Tiempo y a la Muerte…

Olaf, es decir, Arturo Segovia, se interrumpió para exhalar un profundo suspiro. Luego continuó narrando:

—Al sobrevenir la derrota de nuestro ejército y ser destruidas nuestras ciudades, el gobierno encargó al contralmirante Josafat Aznar la tarea de explorar minuciosamente los océanos de Solima con vistas a que nuestra nación pudiera refugiarse allí. El disco volante *Trafalgar* zarpó inmediatamente hacia Solima escoltado por una flotilla de veinte destructores porque temíamos que las aeronaves de los hombres de cristal nos siguieran e interceptaran. Yo era médico del *Trafalgar* e íntimo amigo del contralmirante Josafat Aznar. Tomé parte en la expedición. Apenas llegamos a Solima, el *Trafalgar* se posó sobre el mar. La mitad de la flotilla de destructores quedó merodeando por el espacio en previsión de que pudieran llegar hasta allí los buques siderales enemigos. La otra mitad se sumergió en distintos puntos del planeta. Los sabios que venían en el *Trafalgar* descendieron hasta el fondo del océano y

volvieron con la sorprendente noticia de que existían en las aguas de Solima algas comestibles que no esperaban encontrar allí. Descubrieron también que las aguas de Solima no eran tan frías como debieran y alguien sugirió la existencia de corrientes tibias que llegaban del centro del planeta.

—Exactamente la misma conclusión a que llegamos nosotros —dijo don Raimundo Castillo.

—Sí —dijo Olaf—. Era una deducción lógica que abría ante nosotros seductoras posibilidades. Uno de los hidrostatos volvió diciendo que había descubierto un nuevo mundo en el interior de Solima. Un inmenso mundo de carbono donde todos los habitantes de Redención podrían vivir cómodamente. Desde aquel mismo momento Josafat comenzó a proceder de una manera extraña. Llamó a los diez destructores que vigilaban el espacio, nos hizo subir a la tripulación del hidrostato y a mí en uno de los buques y partimos hacia el túnel submarino que comunicaba con otro océano interior.

“Llegamos a Raab sin novedad. Una somera exploración nos demostró que el país era extraordinariamente fértil y estaba habitado por criaturas iguales a nosotros, pero que vivían todavía los principios de la Edad del Bronce. Todos cuantos nos acompañaban estaban ansiosos por regresar a la cara exterior de Solima y comunicar a Redención por radio nuestro sensacional descubrimiento. Josafat, sin embargo, nos entretuvo aquí por espacio de una semana. Algunos jefes murmuraban e incluso se produjo un conato de rebelión. La razón, evidentemente, asistía a quienes querían regresar inmediatamente, pero Josafat era el jefe de la expedición. Entonces hizo algo sorprendente. Mandó fusilar a los rebeldes sin previo juicio, desembarcó a los descontentos y seleccionando la tripulación de su propio buque emprendió el regreso ordenando a los nueve restantes destructores que esperaran aquí.

“Durante el viaje de retorno, Josafat me llamó confiándome sus propósitos. No comunicaría al Gobierno de Redención la existencia de un mundo de carbono en las entrañas de Solima. Su intención era reservarse para sí el dominio del paraíso que acabábamos de encontrar. Quería vivir eternamente haciendo que su cerebro fuera pasando de un cuerpo a otro a medida que estos envejecían. Para

esto contaba conmigo…”

Olaf hizo una pausa, observando el efecto que sus palabras producían en los valeranos, y continuó diciendo:

—También a mí me tentó la posibilidad de vivir largos siglos. Josafat me habló con entusiasmo de sus ideas. No haría de aquel nuevo mundo un segundo Redención. Aborrecía el modernismo de nuestras grandes urbes, los adelantos científicos de nuestra Era y la aridez del mundo presente. Las generaciones antiguas, los egipcios, los asirios, los griegos, los romanos y los árabes habían disfrutado más de la existencia. Él resucitaría en el nuevo mundo los esplendores del imperio romano e impediría que la humanidad progresara hacia las rutas que finalmente la habían de perder. No les cuento esto para disculpar mi culpa. Yo fui tan culpable o más que Josafat en cuanto ocurrió luego. Porque él era un loco y yo estaba cuerdo. Sin embargo, el deseo de prolongar mi existencia me cegó. Le seguí en todos sus pasos. Cuando llegamos a la superficie de Solima hallamos al disco volante *Trafalgar* esperando sumergido a poca profundidad. Se acababa de recibir un radio cifrado. En aquellos momentos los Hombres de Silicio desencadenaban una furiosa ofensiva en todos los frentes. La derrota era inminente. Si en aquel momento hubiésemos informado al Estado Mayor de nuestro descubrimiento, millones de redentores habrían podido salvarse tal vez escapando de sus ciudades en ruinas para venir a refugiarse en este mundo. Pero Josafat no lo hizo. Dio una versión falsa del contenido del mensaje diciendo que se nos ordenaba esperar, y el resultado fue que esperamos durante más de cinco semanas… hasta que, borrada del espacio nuestra Armada Sideral, los Hombres de Cristal pudieron atacar y destruir una tras otra todas nuestras ciudades. Cuando el desastre estuvo consumado, Josafat informó del desastre a sus oficiales. Dijo que no podíamos regresar a Redención, donde nadie debía quedar con vida, y ordenó al disco volante dirigirse al interior del planeta. Una vez aquí Josafat impuso un régimen de terror. Hizo asesinar a los oficiales que se oponían a sus ideas, y sedujo a los más débiles con promesas de un bienestar que nadie vendría a perturbar. Posteriormente prohibió que nadie mencionara jamás al mundo exterior del cual procedíamos…

“El resto de la historia pueden ustedes imaginársela.

Convencimos a un joven cirujano para que secundara nuestros planes y yo le enseñé a extraer el cerebro de una persona y colocarlo en el cráneo de otra sin destruirlo. Aquel cirujano se llamaba Federico Peris y vive todavía con nosotros bajo el nombre de Aventino. Desde hace mil trescientos años venimos cambiando de cuerpo al cerebro de Josafat Aznar y cambiándonos mutuamente los nuestros cuando los cuerpos que ocupamos envejecen o adolecen de algún defecto. Josafat se preocupó de que las sucesivas generaciones de descendientes de los hombres que entraron aquí por primera vez fueran olvidando su origen. En la actualidad, estos hombres y mujeres creen a pies juntillas en la divinidad de Haakón. Únicamente Aventino y yo estamos en el secreto. Hasta ahora no nos convino descubrirlo, y si lo descubriéramos ahora nadie nos creería. He decidido terminar con esta farsa. Estoy cansado de vivir. Nunca he sido feliz. A través de estos mil trescientos años, el recuerdo de aquellos millones de redentores que hubieran podido salvarse si nosotros llegamos a informar con tiempo de nuestro descubrimiento, me persigue y atormenta. Hoy, la historia vuelve a repetirse. Según ustedes, hay mil millones de seres humanos que necesitan de Raab para poder sobrevivir. Haakón quiere volver a cerrarles las puertas de este refugio. Pero la historia no se repetirá esta vez. Haakón morirá y la nación redentora erigirá aquí aquellas maravillosas ciudades de cristal que tanto he añorado.

CAPÍTULO IX

LA CAÍDA DEL DIOS

UN largo silencio siguió a la extraña narración de Olaf.

—Así —dijo Gregorio Aznar—, usted cree que matando al perro se acabó la rabia. Muy bien. ¿Pero por qué no le disparó usted mismo un pistoletazo en su reptilesco cerebro cuando estuvo conversando con él hace un rato?

—Hace un rato yo ignoraba todavía que *Valera* hubiera regresado de su viaje.

—Creí entender que era usted íntimo amigo de Haakón.

—Hace tiempo que no nos hablamos más que lo estrictamente necesario. Cuando le practicamos la última operación cambiando su cerebro de un cuerpo de sesenta años a otro de veinte, el que lleva ahora, tuve un ligero descuido y estuve a punto de matar su cerebro. Aventino acudió a tiempo y le salvó, mas luego le refirió el incidente. Desde entonces, Haakón cree que lo hice intencionadamente y que mi propósito era asesinarle para ocupar su trono.

—Bien —dijo el capitán—. ¿Cuál es su plan?

—Sencillamente: salir de aquí, correr en su busca barriendo a tiros a cuantos se opongan a nuestro avance y llegar donde él esté. Entonces saltarle la tapa de los sesos de un balazo.

—Naturalmente, una vez hagamos eso no nos queda ninguna probabilidad de escapar con vida, ¿verdad?

—No he pensado en ello —dijo Olaf. Y permaneció unos segundos pensativo—. Desde luego, no tienen ninguna probabilidad de alcanzar los destructores siderales. Estos están en las afueras de la ciudad y no podrían llegar hasta ellos. Sin embargo, hemos de

bajar al piso donde está guardada la bomba “W” para desmontarla y evitar que Aventino u otro loco la hagan estallar. Dos pisos más abajo hay algunas de las esferas que utilizamos en otros tiempos para explorar los mares de Solima. Yo podría introducirme en el cuarto de máquinas y levantar las tapaderas para que ustedes pudieran salir por los tubos en el hidrostato. Si yo estuviera muerto entonces, uno de ustedes tendría que sacrificarse por los demás y reemplazarme en la sala de máquinas.

—Bien —dijo Gregorio—. Pero una vez desprendidos de Olimpia, ¿cómo haríamos para dar con uno de esos malditos túneles que llevan a la superficie de Solima? Sólo conocemos la situación del que nos sirvió para llegar aquí, y para dar con él tendríamos que desandar el camino a partir de Signé.

—Encontrarán a Signé siguiendo la línea de la costa que verán desde el aire hacia la derecha. Está lejos, pero no es necesario que se apresuren una vez que estén a salvo bajo las aguas del mar.

—¿Y mi hija Aurora? —preguntó el profesor—. ¿Qué será de ella?

Olaf consultó el reloj de cristal que llevaba en la muñeca.

—Dada la prisa que tenía Haakón por evitar que alguien llegara a Raab siguiendo los pasos de ustedes, la muchacha debe estar saliendo en estos instantes hacia Signé.

—¿Hay alguien más para ayudarnos? —preguntó Adolfo.

—No. Nosotros cuatro tendremos que hacerlo todo. Hay algunos hombres de mi familia que nos ayudarían… si pudiera convencerles del mito de la divinidad de Haakón. Pero su fe en el dios es inquebrantable. Sólo creerán en su mortalidad cuando vean su cadáver.

—Hay alguien que podría ayudarnos —dijo Adolfo. Y como todos volvieron a mirarle, enrojeció y añadió—: Son el rey Aquila y sus hijos. Estaban dispuestos a ayudarnos cuando los sicarios de Haakón nos apresaron en Signé.

—Aquila y su familia están recluidos en un camarote de este corredor —informó Olaf—. Aunque lo ignoran todavía, están condenados a muerte. Haakón le perdonaría todo a su hijo menos dudar de su divinidad. Es el primer caso que se da en Raab y Haakón lo castigará con todo rigor.

—¿No podríamos liberarles? —preguntó Adolfo lleno de

ansiedad pensando en la dulce y hermosa Flavia.

—¿Quieren que les libertemos? Les advierto que no saben empuñar ni disparar una pistola y que sus espadones nos servirán de bien poco.

—Valen más tres espadones que ninguno. Les libertaremos —dijo Adolfo rápidamente sin esperar a conocer lo que sus compañeros pensaban sobre el asunto.

—Muy bien, como ustedes quieran. Dense la vuelta y les quitaré las esposas.

Olaf extrajo un juego de llaves de su faltriquera y buscó entre ellas una que viniera bien a la cerradura de las esposas. Breves minutos más tarde, los tres pares de esposas caían sobre el asiento del diván. Gregorio Aznar examinó las pistolas. Éstas, como las redentoras, estaban fabricadas enteramente de cristal.

—Los proyectiles son perforadores —observó el capitán.

—Nadie utiliza aquí proyectiles atómicos —repuso Olaf—. Para mantener el orden y asesinar indígenas han bastado hasta ahora esta clase de balas. Sin embargo, es muy posible que al empezar el tiroteo corra alguien en busca de munición atómica. Eso sería nuestra perdición, por lo que debemos ser rápidos y eficientes en nuestro asalto.

Gregorio Aznar asintió con un gruñido y lanzó por el aire una de las pistolas, que Adolfo atrapó al vuelo. Don Raimundo tomó otra de las armas y el capitán conservó la última.

—¿Vamos?

Olaf introdujo la mano por la abertura de su túnica y la sacó armada de una automática. Con ella en la mano se dirigió hacia la puerta y abrió. En el corredor había un soldado provisto de lanza y escudo que hizo una mueca de sorpresa al verse encañonado por la automática.

—Da un grito y eres muerto —le advirtió Olaf.

El soldado no gritó, pero esto se debía sin duda más a la sorpresa que a falta de valor. Gregorio Aznar le propinó un formidable empujón que le lanzó dando traspiés dentro del camarote. Adolfo cerró la puerta y echó el pestillo.

Miraron a derecha e izquierda. El corredor estaba desierto.

—¿Cuál es el camarote del rey Aquila? —preguntó Adolfo.

Olaf echó a andar y se detuvo ante una puerta. Alzó el pestillo y

empujó. Al abrirse la puerta, Néstor y Belos, que estaban sacando brillo a sus espadas, saltaron en pie. De la litera del fondo surgió un grito:

—¡Adolfo!

Era Flavia, quien saltando del lecho corrió hacia el joven profesor. Aquila, que reposaba en un diván, se puso en pie mirando sorprendido a los intrusos.

—Flavia —dijo Adolfo bastante alto para que lo escucharan Aquila y los príncipes—. Hemos venido a libertaros. Haakón os ha condenado por haber dudado de su divinidad. Nosotros nos dirigimos ahora a darle muerte. No podemos perder tiempo. Decid solamente si venís con nosotros o preferís permanecer aquí.

—¡Vais a dar muerte a Haakón! —exclamaron Néstor y Belos.

Aquila avanzó hasta Adolfo.

—Haakón es mi padre —dijo—. ¿Crees que puedo acompañarte?

—Eres libre de hacer lo que quieras, Aquila —repuso Adolfo—. Sin embargo, he de advertirte que el hombre que te dio el ser murió cuando Haakón cambió de personalidad. Tú eres hijo de aquel cuerpo, pero no precisamente del cerebro de Haakón.

Aquello era demasiado complicado para que el reyezuelo pudiera comprenderlo. Negó gravemente con la cabeza.

—No —dijo—. No ayudaré a los asesinos de mi padre.

Adolfo miró a los príncipes. A Flavia, a Belos y a Néstor.

—¿Qué vas a hacer después de matar a Haakón? —preguntó Flavia.

—Pensamos escapar.

—¿A ese mundo vuestro donde hay lo que llamáis noche y cielos llenos de estrellas?

—Sí.

—¡Llévame contigo!

Belos y Néstor miraron dubitativos a su padre y a los extranjeros. Luego se miraron uno a otro. Debieron entenderse.

—Perdona, padre —dijo Belos volviéndose hacia Aquila—. Nos vamos con los extranjeros.

Flavia se asió de la mano de Adolfo y alzó hacia los de éste sus maravillosos ojos. El grupo se puso en marcha. Olaf y el capitán Aznar iban delante. Detrás el profesor Castillo y Adolfo con Flavia. Néstor y Belos cerraban la marcha espada en mano. Recorrían a la

inversa el camino que siguieran cuando iban hacia el cautiverio. La gruesa alfombra que cubría el piso ahogaba el rumor de sus pasos. Al doblar un recodo vieron la puerta del aposento de Haakón. Los centinelas se volvieron a mirarles y lanzaron un grito casi al mismo tiempo. Gregorio disparó sin vacilar desde la altura de la cadera. Uno de los centinelas alzó las manos, soltó su lanza y cayó de espaldas en mitad del corredor. Olaf disparó también, pero erró el blanco. El segundo centinela alzó el brazo para arrojar su lanza. Gregorio hizo fuego por segunda vez. Su proyectil agujereó la coraza de bronce del guerrero, pero éste tuvo aún tiempo de arrojar su lanza con tremendo impulso.

Gregorio Aznar saltó a un lado disparando por tercera vez. La lanza pasó por debajo de su sobaco y fue a clavarse en el pecho de don Raimundo Castillo, atravesándole de parte a parte. Los brazos de Adolfo se abrieron para recibir entre ellos al herido. El segundo centinela rodaba en este momento por la alfombra, y Olaf y Gregorio se lanzaban impetuosamente hacia adelante entrando en el vestíbulo que conducía al salón del trono.

Adolfo depositó suavemente el cuerpo de su maestro sobre la alfombra. Le habló:

—¡Profesor! ¡Profesor!

Pero don Raimundo no podía responderle. Había muerto instantáneamente. Adolfo permaneció unos segundos indeciso ante el cadáver de su maestro y amigo. El estampido de un rifle y el silbido de una bala sobre su cabeza le arrancaron bruscamente de su dolor. Alzó los ojos. Una pareja de soldados corría hacia ellos. Aunque vestían el grotesco disfraz de los legionarios romanos, empuñaban modernos fusiles enteramente construidos de cristal. La automática de Adolfo estaba sola frente a los dos enemigos.

Cuatro lenguas de llamas anaranjadas brotaron por el cañón del arma del valerano. Adolfo era un excelente tirador de pistola. Los dos soldados rodaron por el piso.

—¡Vamos, adelante! —gritó Adolfo a los raabitas. Y asiendo de la mano a la asustada Flavia tiró de ella entrando en el vestíbulo.

Allí, una feroz batalla se había desarrollado en cortos segundos entre Olaf y Gregorio y el centurión Lisipo y los dos guardianes de la puerta. En el estanque de mármol yacía boca abajo el cadáver del centurión. Su sangre iba tiñendo de rojo las aguas donde se

agitaban varios peces de colores. Más allá estaba, a medias envuelto por una cortina, uno de los centinelas. El otro estaba caído de bruces bajo el dintel. El capitán Aznar maldecía mientras se apretaba el brazo izquierdo. Entre sus dedos resbalaba la sangre. Olaf había entrado en el salón del trono y corría esgrimiendo en una mano su pistola y en la otra la espada arrebatada a Lisipo.

—¿Le han herido? —preguntó Adolfo al capitán.

—Pudo ser peor. Faltó poco para que me ensartaran como una aceituna en una de estas lanzas.

Adolfo soltó la mano de Flavia y echó a correr tras Olaf. El trono estaba vacío. El cirujano se dirigió hacia una puertecilla que había a la izquierda y la empujó. Apenas lo había hecho cuando brotó del interior de la habitación una ráfaga de ametralladora que arrancó pequeñas astillas del marco de vidrio. Olaf cayó de bruces en el piso. El impulso que llevaba hizo que la alfombra resbalara sobre el piso de cristal como la estera de un tobogán introduciéndolo en la habitación.

El joven valerano saltó a un costado eludiendo la segunda ráfaga de la ametralladora. Entonces vio cómo Olaf levantaba el brazo y hacía fuego desde la posición de tendido. Se escuchó una maldición y el apagado rumor de algo que caía sobre la alfombra. Adolfo se lanzó dentro de la habitación. Saliendo de detrás de un canapé, Haakón se inclinaba para recoger un fusil ametrallador del suelo. Adolfo disparó desde la altura de la cadera. La bala alcanzó al falso dios en mitad del pecho. Haakón se irguió. Sus ojos miraron llenos de asombro al hombre vestido con un mono verde que tenía frente a sí.

Adolfo leyó en aquellas pupilas el temor a la muerte. Sintió la necesidad de decir algo antes de rematar al monstruo:

—¿Continúas creyendo que eres inmortal, Haakón? —preguntó.

—¡Maldito! —chilló Haakón—. ¡Sí, soy inmortal… soy inmortal!

—Necio… —murmuró Adolfo. Y tiró del gatillo.

El proyectil se clavó en mitad de la frente de la divinidad. En el último instante, los ojos de Haakón se dilataron de espanto. Cayó de bruces en el suelo. Su cabeza golpeó contra la alfombra produciendo un sordo ruido.

El capitán Aznar se precipitó en la habitación. En pos de él entraron los príncipes de Signé, Belos y Néstor ayudaron a Olaf a

incorporarse. El cirujano hizo una mueca de dolor. Miró el cadáver de Haakón.

—Muerto —murmuró como si le costara creerlo—. Al fin muerto.

—¿Qué hemos de hacer ahora? —preguntó Gregorio. Y como el cirujano no le contestara le sacudió por un hombro con violencia—. ¡Eh, amigo… despierte!

Olaf le miró. Tardó bastante en contestar.

—Haakón tenía un ascensor particular que lleva directamente a la sala de mandos del disco volante —murmuró.

—Pues guíenos.

Olaf echó a andar seguido de los dos valeranos y los tres raabitas. Fue entonces cuando el capitán Aznar echó de menos al profesor Castillo.

—Murió —le dijo Adolfo hoscamente—. La lanza que iba dirigida contra usted lo atravesó de parte a parte.

—Era un excelente hombre —murmuró el capitán.

Atravesando varias habitaciones fastuosamente amuebladas, en las que Adolfo no fijó su atención, llegaron hasta las puertas de la cabina de un pequeño ascensor. Los cinco hombres y la muchacha se apiñaron en la diminuta cabina. Olaf apretó un botón y el ascensor se puso en marcha. Mientras bajaban escuchaban sobre sus cabezas un estrépito de timbres y sirenas.

—Yo me quedaré en la sala y ustedes continuarán hasta el piso número ochenta —dijo Olaf—. Allí está la bomba “W”. Si nunca la vieron conocerán ésta por su forma de proyectil cohete de gran tamaño. En realidad ocupa también otros diez pisos. Está alojada dentro de un enorme tubo por el que debe deslizarse a lo largo de cuatro canales guías. Tal y como está ahora no ofrece ningún peligro porque carece del fulminante. Pero debemos arrojarla al mar para que nadie pueda ponérselo. Tiene un seguro que hay que quitar a mano. Éste consiste en unas cuñas que le atascan en las guías y están a la altura del piso ochenta. Yo abriré la puerta automáticamente desde la sala de control y también el tubo. Ustedes quitarán las falcas, y apenas esté terminada la operación una luz roja se encenderá en mi tablero de instrumentos. Entonces soltaré la bomba para que vaya a hundirse en el mar. Vuelvan al ascensor y desciendan hasta el piso noventa y dos. Allí encontrarán

dos hidrostatos y las tapaderas de los tubos de lanzamiento ya abiertas por mí desde la cámara de control.

El ascensor se detuvo al llegar al piso donde estaba la cámara de derrota de la gigantesca aeronave.

—¡Adiós! —gritó Olaf saltando fuera de la cabina—. ¡Buena suerte!

La puerta se cerró inmediatamente. Adolfo apretó el botón correspondiente al piso ochenta y el ascensor se puso en marcha.

—Tú te quedarás aguardándonos aquí, Flavia —ordenó Adolfo.

El ascensor se detuvo al llegar al piso ochenta. Las puertas se abrieron automáticamente y los cuatro hombres se lanzaron fuera. Estaban en un inmenso hangar totalmente vacío. En el centro se veía un gran compartimiento de forma circular. Era una parte del tubo que, atravesando varios pisos, alojaba en su interior la terrible bomba "W". Mientras aguardaban que se abriera la puerta, llegaba hasta allí muy apagado el clamor de las sirenas que ponían a toda Olimpia en pie de guerra. Esperaron tres eternos minutos. La puerta no se abría.

—¿No habrá podido llegar a la sala de control ese Olaf? —murmuró Adolfo.

—Si fuera así estábamos listos —refunfuñó Gregorio Aznar apretándose el brazo herido y haciendo una mueca de dolor.

Un sudor frío empezó a bañar la frente de Adolfo mientras contemplaba fijamente la puerta cerrada. Meditó acerca de lo que harían si la puerta no se abría. ¿Continuarían hasta el piso noventa y dos para tratar de escapar en una esfera blindada? ¿Debería volver atrás uno de ellos para intentar alcanzar la sala de control? Desde luego, no podía marchase dejando allí intacta la maldita bomba "W". Aventino podría proseguir la obra diabólica de Haakón y mantener cerradas las puertas de Raab amenazando a los redentores con destruirlo todo. No, no podían huir dejando aquella tremenda arma donde estaba. Olaf debía haber sufrido un accidente. Alguien tenía que volver a la sala de control… y éste tendría que ser él.

Los ojos de Adolfo Castillo volviéronse hacia la deliciosa personilla de la princesa Flavia, que le observaba desde la cabina del ascensor. ¡Lástima que no pudiera llevarla por sí mismo al mundo donde existían noches y cielos cuajados de estrellas! En su

subconsciente había estado acariciando sin saberlo la ilusión de ser él mismo quien mostrara a Flavia todas las bellezas de su mundo. ¡La amaba! Lo descubrió en este preciso instante, cuando se veía próximo a perderla. Y el descubrimiento no le sorprendió, sino que despertó en él una rabia sorda contra el destino. ¿Por qué, Señor, no se abriría aquella maldita puerta?

La miró fijamente, con toda su voluntad puesta en los ojos.

—¡Ábrete, maldita… ábrete!…

De pronto, la puerta empezó a abrirse lenta y silenciosamente. Un doble grito de alegría brotó de las gargantas de Adolfo y de Gregorio. Se precipitaron corriendo en el interior del tubo.

La fatídica bomba "Doble Uve", enorme y amenazadora, estaba allí en medio de un tinglado de vigas y tirantes de acero. Una especie de plataforma rodeaba el tubo. Cuatro grandes cuñas de vidrio estaban atascadas entre el cohete y los canales guías. Junto a cada guía se veía un formidable martillo.

—¡Pronto, a los martillos! ¡Hay que quitar esas cuñas! —gritó Gregorio echando a correr por la plataforma que envolvía al proyectil como un anillo.

Adolfo corrió en dirección contraria y se detuvo ante uno de los canales guías. Asió el pesado martillo, lo levantó y empezó a descargar golpes contra las cuñas. Néstor y Belos habían comprendido y le imitaron. Pero Gregorio Aznar no podía levantar el pesado mazo con un brazo herido.

Mientras quitaba la cuña, Adolfo vio por entre el tinglado, a unos doscientos metros de profundidad, cómo se abrían las compuertas que cerraba el extremo del tubo de lanzamiento. ¡Valiente Olaf! Era un canalla y a última hora se comportaba como un héroe. Desde la sala de control Dios sabe a costa de cuantos esfuerzos, acababa de abrir la salida del fatídico proyectil.

La cuña de vidrio saltó, rebotó contra una viga y cayó por el enorme tubo. Adolfo corrió en ayuda de Gregorio. El intrépido comandante del *Filipinas* trataba en vano de martillear la cuña llorando de rabia e impotencia. Adolfo alzó su maza y asestó media docena de tremendos golpes contra la falca. Ésta saltó precipitándose por el tubo. Néstor y Belos habían concluido también su trabajo. ¡La "Doble Uve" estaba en libertad!

—¡Vamos!

Se dirigieron hacia la puerta reuniéndose con los dos príncipes. Pero la puerta estaba ocupada por una siniestra figura. Un hombre alto y de mediana edad que se envolvía en una túnica púrpura les apuntaba con una pistola. Sus diabólicos ojos centelleaban.

—¡Atrás! —ordenó—. ¡Vuelvan a colocar esas cuñas!

Adolfo miró hacia donde señalaba el cañón de la pistola. ¡Una de las cuñas quitadas por los príncipes estaba en el suelo! Bastaría colocarla para que la bomba no pudiera ser lanzada.

—Usted será ese canalla de Aventino —dijo Gregorio.

—¡Pongan esa cuña o disparo!

—¡Póngala usted, si quiere! —gruñó Gregorio.

—¡Voy a disparar! —chilló Aventino rabioso.

—Bien, dispare. ¿A qué aguarda? —desafió Gregorio pálido como un muerto.

Aventino, pues sólo de él podía tratarse, se humedeció los labios con la lengua. Sus ojos saltaban rápidamente de la cuña de la bomba “W” y de ésta a los cuatro hombres que tenía ante sí. Adolfo y Gregorio llevaban sus pistolas metidas entre los cinturones. Néstor y Belos, espada en mano, miraban fijamente a Aventino.

—¡Apártense, malditos! —chilló el monstruo disponiéndose a colocar por sí mismo la cuña.

Los rubios y hercúleos hermanos le cerraban el paso. No se movieron una sola pulgada. Aventino disparó contra Belos. La mano de Adolfo bajó como un rayo hacia la culata de su pistola, tiró de ella y disparó contra Aventino rápidamente hasta que agotó todo el cargador. Entre el humo de la pólvora vio tambalearse al monstruo, soltar su pistola, buscar un punto de apoyo en una de las vigas… La trémula mano de Aventino tanteó en el vacío… se tambaleó…

Lanzando un espeluznante alarido cayó por el espacio que quedaba entre el cuerpo cilíndrico del proyectil y las paredes del tubo de lanzamiento rebotando aquí y allá en las vigas y flejes…

Adolfo y Néstor se arrodillaron junto a Belos. El muchacho había recibido un disparo en mitad del pecho. Su corta túnica amarilla se manchaba de sangre formando la escarapela nacional del gran pueblo redentor. Abrió los ojos y sonrió a su hermano.

—No podré… acompañarte, Néstor —murmuró.

—Si no puedes venir me quedaré junto a ti —aseguró Néstor.

El herido agitó la rubia y hermosa cabeza.

—No… debes marcharte… Quiero que veas esos mundos lejanos… tan hermosos… que nos han descrito los extranjeros…

Flavia entró corriendo y se arrojó llorando sobre el cuerpo de su hermano.

Por encima de los tres príncipes, Gregorio Aznar y Adolfo Castillo cambiaron una mirada de tristeza. Un desgarrador sollozo de Flavia les anunció que el valiente Belos acababa de expirar. Adolfo tragó con dificultad un puñado de lágrimas que tenía en la garganta. Y acto seguido, el imperioso deseo de vivir se apoderó de él. Tiró con suavidad y firmeza de los brazos de Flavia.

—Vamos, Flavia. Nada podemos hacer ya por tu hermano. Su último deseo fue que llegarais a ver el Universo que él no podrá contemplar nunca… Anda, vamos.

Flavia se incorporó lentamente. En este momento se escuchó un chirrido. La bomba “W” se ponía en movimiento. Deslizándose con rapidez por sus guías cobró velocidad, pasó ante los ojos de Adolfo y desapareció en el abismo. Nadie podría destruir ya Raab.

Salieron rápidamente del colosal tubo de lanzamiento. Se escucharon unos disparos. Un puñado de balas zumbaron a su alrededor como abejorros rebotando contra las paredes. Entraron atropelladamente en el ascensor y cerraron la puerta. Las balas se estrellaron contra la plancha de cristal y el ascensor se puso en marcha hacia el piso noventa y dos.

Al salir de la cabina se vieron en lo que había sido almacén de blindados. Sólo media docena de grandes esferas de dedona ocupaban el inmenso hangar flotando a dos palmos de altura sobre el piso. Las escotillas de acceso estaban abiertas. Las tapaderas de los tubos de lanzamiento se veían levantadas. Olaf había cumplido su promesa.

No se entretuvieron en elegir. Tomaron la que se hallaba más cerca, y Adolfo, lo mismo que al nuevo mundo, fue el último en subir cerrando la portezuela tras él. A través del cuarto de máquinas llegó a la cabina superior. Ésta era algo más espaciosa que la del hidrostato que les trajo a Raab. Gregorio Aznar había tomado asiento ante el intrincado cuadro de instrumentos y movía palancas y apretaba botones bajo la asustada mirada de Flavia y Néstor. Aunque habían perdido su fe en la inmortalidad y omnipotencia de Haakón, toda una vida de supersticiones les mantenía esclavos del

temor a las máquinas usadas por el falso dios para sostener su maléfico poder.

La gran pantalla de televisión que ocupaba una de las paredes abuhardilladas se iluminó dejando ver el interior del hangar. Un grupo de hombres, vestidos de cristal de pies a cabeza, irrumpió en el almacén. Iban armados de fusiles ametralladores. Cuando la esfera de dedona se puso en marcha hacia el más próximo pozo de lanzamiento empezaron a disparar contra ella. Utilizaban por primera vez proyectiles explosivos atómicos. Estos proyectiles hicieron estremecer ligeramente a la formidable esfera de dedona, pero no podían causarle ya ningún daño. Unos segundos antes y los disparos atómicos hubieran sido mortales para los fugitivos. Ahora, el blindado llegó sobre uno de los tubos, se inmovilizó un segundo sobre el redondo agujero…

El capitán Gregorio Aznar tiró de una palanca y la máquina se precipitó por el pozo. Unos breves segundos más tarde la luz del sol parecía entrar a raudales por la pantalla de televisión. Estaban en el espacio, alejándose hacia la derecha, y descendiendo sobre el mar. A lo lejos se veía la masa parda del continente.

Adolfo tomó asiento junto al capitán y movió los controles del objetivo televisor. Las imágenes se corrieron sobre el lienzo de la pantalla y en ésta quedó encuadrada Olimpia, la ciudad romana que flotaba en el aire sobre un disco volante de quince kilómetros de diámetro y uno de grosor…

De pronto sonó un zumbador. Provenía del pequeño radiovisor para intercomunicaciones. Adolfo hizo girar un botón. La pantalla se iluminó dejando ver, en relieve y en color, el rostro de Olaf, lleno de sangre y animado por una mueca de diabólica alegría.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Por fin están ustedes en el aire?

—Aventino nos entretuvo. Tuvimos que matarle, perdiendo en la lucha al valiente Belos.

Del altavoz del radiovisor surgía un prolongado trueno.

—¿Qué es eso? —preguntó Adolfo.

—Están disparando contra mí con ametralladoras… Ahí llegan las tropas especiales equipadas con trajes de vidrio —dijo Olaf—. Un poco tarde. No podrán impedir que Olimpia sea destruida como Sodoma y Gomorra. Aquí se han dado cita durante trece siglos el más desenfrenado vicio y el placer… Olimpia merece ser destruida,

y voy a ser yo quien la arrase. Adiós, amigos. No nos veremos más. Si son creyentes y religiosos, como espero, acuérdense de mí alguna vez y dedíquenme una oración. No podré salvar mi alma, pero yo la oiré desde el Infierno. Y en medio de mis torturas será muy agradable saber que alguien ruega por ese pecador.

La pantalla quedó a oscuras antes que Adolfo pudiera responder una sola palabra.

—Era un canalla —murmuró Gregorio hablando de él como si ya estuviera muerto—. Pero al fin se arrepintió de todos sus pecados y pudo hacer algo digno. Raab se salvará gracias a él, y el pueblo redentor tendrá que guardarle eterno agradecimiento.

—¡Oh, mirad! —gritó Flavia a espaldas de los valeranos.

Éstos se volvieron hacia la gran pantalla de televisión y lanzaron a dúo una exclamación de asombro. Olimpia se inclinaba en el espacio como si cediera por un lado un invisible punto de apoyo. El templo de los dioses paganos de Raab se desmoronaba como sacudido por un terremoto. Rodaban las gigantescas columnas en mitad de una nube de polvo. Todos los edificios, los palacios, los arcos de triunfo y los monumentos suntuarios se venían abajo en medio del terror de sus habitantes…

Y el disco volante que sostenía a la ciudad continuó escorando, haciendo cada vez más pronunciada la pendiente por la que rodaban montañas de ruinas. Del borde inferior más bajo se desprendían grandes masas de tierra… Toda la orgullosa ciudad resbalaba sobre la superficie del disco volante como una gigantesca tarta por una bandeja que se inclinara hacia el suelo. Hasta que, finalmente, la superficie de la aeronave tomó una inclinación tan pronunciada que toda la ciudad, con sus miles y miles de toneladas de tierra y roca, se desprendió precipitándose en el vacío. Durante unos segundos, la gigantesca tarta conservó su forma. Luego, según caía, se fraccionó en grandes pedazos que fueron desmenuzándose, formando una colosal nube de polvo y vertiéndose en el mar, diez kilómetros más abajo.

Con el aliento en suspenso, los tripulantes de la esfera blindada siguieron la caída de la ciudad hasta que ésta desapareció en el abismo. El disco volante quedaba atrás, limpio de tierras, flotando en el espacio como una grande y brillante moneda puesta de canto…

* * *

Nadie persiguió a los fugitivos. En inmersión éstos navegaron siguiendo la costa hasta Signé. De aquí era fácil desandar la ruta que siguieron para llegar a la ciudad. Unas horas más tarde alcanzaban el archipiélago y se hundían en las tibias aguas para navegar durante mucho tiempo por el túnel submarino. Una insensata alegría dominaba a Adolfo Castillo en el momento que aparecían los primeros peces acorazados, constituidos para soportar la formidable presión de las grandes profundidades.

Gregorio Aznar movía los botones del radiovisor buscando los campos de ondas por los que solían volar las llamadas de los buques siderales de la flota valerana.

—¡Hola, capitán Aznar…! —gritó una voz jubilosa—. ¡Aquí crucero *Filipinas*! ¡Gran Dios! ¡Si le dábamos ya por muerto! ¡La señorita Aurora Castillo llegó hace sólo una hora contando una historia maravillosa acerca de un nuevo mundo…!

Gregorio Aznar y Adolfo Castillo cruzaron una mirada.

El pueblo redentor, al gozar de las delicias del nuevo mundo recién descubierto, ignoraría lo cerca que estuvo de no conquistarlo jamás y las angustias y sacrificios del puñado de redentores que abrieron sus puertas a la civilización y al progreso.

Pero ni el capitán Aznar ni el joven profesor Castillo sentían ahora deseos de recordarlo. Gregorio Aznar elaboraba mentalmente el discursito que haría ante Aurora confiándole su amor. Adolfo Castillo ni siquiera tendría que esforzarse por encontrar las palabras que expresaran adecuadamente su amor hacia Flavia. La princesa, con su sencilla ingenuidad, se entregaba a él feliz y confiada.

—Ya no eres princesa, Flavia —murmuró Adolfo—. De ahora en adelante te llamarás solamente señora de Castillo. Pero dentro de mi corazón y en nuestro hogar reinarás eternamente…

De pie en mitad de la cabina, teniendo enlazada a Flavia por la cintura, los ojos del joven profesor iban siguiendo el ascenso de la máquina a través de las diversas capas de peces que indicaban la profundidad.

De pronto, la brillante luz de los reflectores de la máquina se perdió en el vacío de una oscuridad total. Habían abandonado las aguas y flotaban en el aire.

—¡Mira, querida! —señaló Adolfo.

Al acostumbrarse las pupilas a la súbita oscuridad, los ojos iban descubriendo miríadas de pequeños puntos plateados sobre el lienzo negro de la pantalla de televisión. El cielo cuajado de estrellas, se ofreció a las sorprendidas miradas de Flavia y de Néstor con toda su muda y grandiosa magnificencia.

En el lienzo entró un disco luminoso que brillaba en el fondo de la noche como una gran moneda de plata.

—¿Qué es eso? —preguntó Flavia, apretándose asustada contra Adolfo.

—Es *Valera*, querida… nuestro maravilloso autoplaneta *Valera*. Allí viven mil doscientos millones de redentores.

—Te amo —suspiró Flavia mirándole al fondo de los ojos.

El príncipe Néstor sonreía. Había empezado la imposible tarea de contar todas las rutilantes estrellas del cielo.

F I N